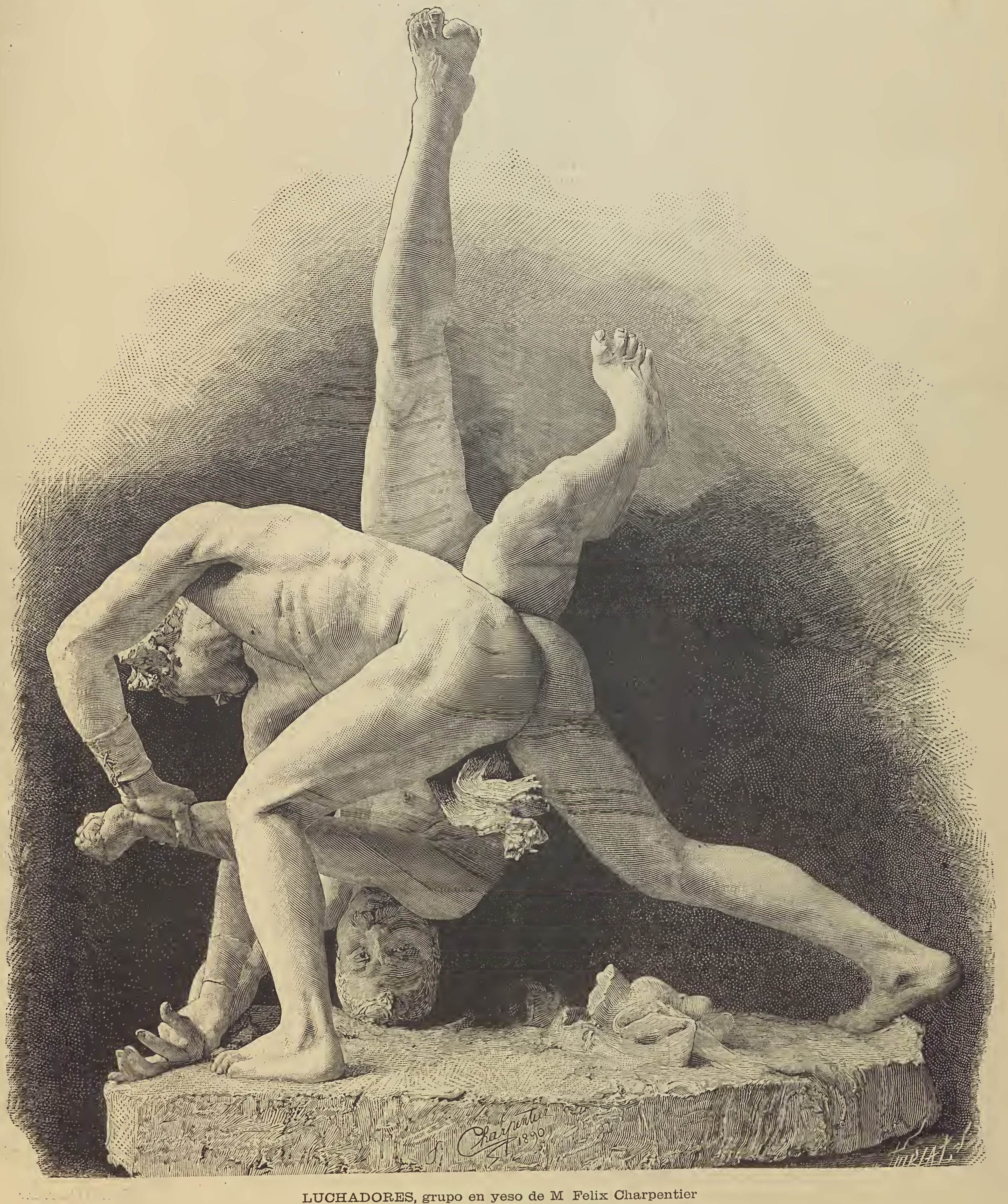
# La Ilustracion Artística

Año IX — Barcelona 28 de julio de 1890 — Núm. 448

**LUCHADORES, grupo en yeso de M Felix Charpentier**

(Premio de honor del Salón de París de 1890)

## SUMARIO

**Texto.** – *El cuadro de Maura*, por Emilio Castelar. – Sección americana: *Bolivia*, por D. S. – *La Justicia*, escrito por E. M. Vogüe, de la Academia francesa, é ilustrado con siete grabados, traducción de J. M. Godino – *La velocipedia*, por M. A. – Sección científica: *Física sin aparatos.* Experimento de óptica. – La pólvora sin humo, por M. Helene. – *Mecánica de los objetos usuales.* El lápiz *mystic.* – El *presto-encolador.* – *Pasatiempos científicos.* El gato electrizado. – *Toda una juventud* continuación', por F. Copée. – *El único guía*, traducción de A. R. Chaves. – Nuestros grabados.

**Grabados.** – *Luchadores*, grupo en yeso de M. Félix Charpentier, premio de honor del Salón de París, 1890. – *Bolivia.* Seis grabados con vistas de La Paz (de fotografía). – *Santa Isabel y el milagro de las rosas*, cuadro de L. Max Ehrler. – *Fulvia en el momento de atravesar con su alfiler de oro la lengua de Cicerón*, cuadro de Maura. – Siete grabados referentes á descubrimientos científicos, física recreativa y objetos mecánicos. – *Amorcillo castigado*, cuadro de L. Max Ehrler.

## EL CUADRO DE MAURA

Cada vez que pensamos en la fundación de la Academia en Roma, sentimos interior envanecimiento, muy aumentado por el incomprensible olvido é injusticia de nuestros contemporáneos. Entre los horrores de implacables guerras, tanto coloniales como civiles, tuve yo harto ánimo para fundar, cuando la nave del Estado hacía por todas partes agua, un templo á las bellas artes. Convencidísimo de que nuestro genio nativo y original necesitaba escuela, y disciplina, y regla, y freno, fundé un centro de altos estudios que diese á la juventud artística española y á sus geniales propensiones la disciplina severa y la instrucción técnica, procuradas en la contemplación y estudio de los modelos acabados y perfectísimos. Naciones donde la uniformidad reina despóticamente como en Francia, necesitan que se busque al individualismo aire y espacio. Pero nación como la nuestra, donde la espontaneidad brota sin trabajo tantas obras geniales, necesita reglas y escuelas. Que ocurrimos entonces á una verdadera necesidad nacional, muéstranlo á una los adelantos puestos en tantas patentísimas pruebas por los discípulos de Roma. Los cuadros de grandes pintores allí educados, las estatuas que han venido á embellecer nuestra escultura, las obras músicas tan sabias como inspiradas corroboran este nuestro fundadísimo juicio.

Maura, joven perteneciente á una familia de ilustres oradores y artistas, ha expuesto ahora, tras algunos años de residencia en la Ciudad Eterna, un cuadro demostrativo del esplendor que alcanza en aquellos Empíreos del arte nuestra nacional escuela. Conocimiento de la historia, maestría técnica en la factura, dibujo correcto, instrucción profunda en la indumentaria y arqueología romanas, todo esto revela con claridad la feliz obra del joven discípulo, puesto ya por su inspiración y por su ciencia entre los verdaderos maestros. Hay quien acusa de anticuado, mejor dicho, de disconforme con las costumbres nuestras este cuadro, cuando su argumento priva hoy en el mundo europeo y trae agitadas á las mayores naciones. Maura, con muy buen consejo, ha ido en pos de antiguas enseñanzas para instruir á su generación, y háyalo hecho consciente ó inconscientemente, al elegir materia para su cuadro ha estado felicísimo y oportuno. Basta decir que nos evoca el trágico acto en que la tribuna romana se desplomó al pie de la dictadura militar. Fulvia, esposa del pretoriano Marco Antonio, satisfecha con ver ante sí la cabeza de Cicerón segada, corre, con su alfiler de oro en la mano, á traspasar aquella lengua que había defendido en sus ocasos verdaderamente sublimes la libertad y la República.

Imposible comprender la obra sin estudiar la historia. El nombre de Fulvia está unido con el nombre de Clodio y con el nombre de Antonio. Al unirlos diríase que había intentado la sociedad aquella darnos una enseñanza moral viva, la relación estrecha entre la demagogia y el cesarismo. Prostituída Fulvia, como las tristes edades que se desprenden de su derecho propio y se dan al asolador despotismo, corrió fases análogas con las fases corridas por su Roma en aquel tiempo. Todos cuantos pueblos adolecen de frenesí ó embriaguez en la libertad, se rinden tarde ó temprano al sueño de una deshonrosa esclavitud. Fulvia parece, pues, un símbolo vivo: empieza con los catilinarios y concluye con los dos pretorianos. Un relenjo del demagogo partido de Catilina fué Clodio; y digna esposa de Clodio fué Fulvia.

Muchas mujeres pertenecieron á la facción de Catilina; todas aquellas que se habían precipitado en el vicio. Fulvia estaba entre todas ellas; y como estaba entre todas ellas, tenía, naturalmente adquirido, implacable odio á Cicerón, llamado en defensa de Roma por los caballeros contra Catilina. En la noche siniestra del castigo á los catilinarios inmolados con una indiferencia semejante á la que usa el carnicero en sus matanzas, Fulvia sufrió mucho, no sólo al ver perdidas las esperanzas que suelen librarse en la exaltación y victoria de un partido, al ver soberbias y orgullosas las matronas romanas en coro y en concierto subiendo á las alturas de sus casas, con luminarias festivas y regocijantes en las manos para celebrar el triunfo de Cicerón. Desde aquel día data la inquina de tan hermosa mujer contra el retórico de los Rostros. En los conciliábulos catilinarios debió conocer á Clodio Fulvia. Este Clodio no pertenecía ciertamente á la plebe, ni mucho menos estaba, como el guía de su partido Catilina, pobre y arruinado. Ilustre nombre le distinguía entre los demagogos, y rica fortuna le daba medios sobradísimos de allegárselos y tenerlos completamente á su merced y arbitrio. El patricio demagogo llevaba dos furias á su lado, una, su hermana Clodia, otra, su mujer Fulvia, las cuales á una soplaban encendidas cóleras con sus sendos labios de rosa en aquel espíritu batido por las grandes tempestades.

Esta diabólica trinidad persiguió á Cicerón de suerte que necesitó el gran orador desterrarse. Pero, ausente su mayor enemigo, como si necesitara ejercer su ferocidad nativa en los hombres mayores, volvióse Clodio contra Pompeyo. Entonces Pompeyo, en su ira, levantó el destierro de Cicerón y declaró guerra mortal á Clodio. Las burlas ideadas por éste, valiéndose tanto de la sátira como del teatro, contra sus dos enemigos, desatinaron por tal modo á Pompeyo, que le suscitó un asesino, Milón. Obediente á la consigna éste, dada contra Clodio, reunió gréculos de los que manejaban el puñal con destreza, judíos de los que servían para espiar y corromper á todo el mundo, libertos de cuyas condiciones dan idea las lenguas modernas con la palabra vulgar libertino, esclavos tracios de una fuerza inmensa, gladiadores tan fáciles en morir como en matar; y todos se congregaron á una contra Clodio y le persiguieron de muerte. La rudeza y crueldad, consuetudinarias entonces, permitían que un hombre como Cicerón señalase á su amigo el corazón de su enemigo y aun mezclara los arúspices y los auspicios en estos viles delitos. El gran orador llegó á decir que Clodio era una víctima destinada en superiores designios al puñal de Milón. Y efectivamente, cierta tarde los dos rivales toparon uno con otro en la Vía Apia y se arremetieron sin piedad. El combate parecía una fiesta de gladiadores, según lo contemplaban desde sus literas las damas, desde sus monumentos y sepulcros, tendidos en aquellos sublimes sitios, la indiferente plebe. Clodio salió herido de la refriega é intentó huir al golpe último y á la muerte segura. Mas dispersos los que le acompañaban y sostenían, expidió Milón varios de sus bravos á rematarlo, quienes lo cosieron sin piedad á puñaladas y lo dejaron exánime sobre las mesas de una taberna. Fulvia se lanzó, en cuanto supo la noticia de su muerte, sobre tan amado cadáver. Jamás el dolor dió gritos tan agudos ni dijo palabras tan horribles. Aquella mujer parecía una imagen de la venganza. Destrozado el traje, descompuesta la faz, espumosos los labios, relampagueantes las pupilas, destrenzados los cabellos; ora besaba el frío cadáver; ora metía las manos en los surcos de sus hondas heridas, rociando con aquella sangre, como con agua litúrgica sus partidarios, é impeliéndolos al combate; ora golpeaba la tierra y pedía un sepulcro junto con quien había tenido una misma cama; ora pronunciaba terribles arengas sugeridas por la rabia más ciega é impulsoras del más vergonzoso desquite. Por tal suerte irritó al pueblo su irritación, que las turbas, movidas de su presencia, encendieron teas y quemaron el Senado. Fulvia juró entonces por los manes de Clodio que había de pagárselas irremisiblemente Cicerón. Y éste, conociendo la inquina que Fulvia le tenía, sostúvola con frases terribles y alusiones sangrientas toda la vida, sin presentir como debía traerle al cabo la muerte.

Para granjearse Fulvia su deseo, casóse con Marco Antonio, quien, por lo mismo que había sido siempre un soldadote, se daba sin escrúpulo á las mujeres. Descendiente se creía del divino Hércules; y en efecto, no supo apartarse ni un momento de su Onfala. Con ella, por ella, para ella vivió. No importa que haya tomado en su vida tal compañera diversos aspectos. Lo enorme de su dominación á la continua subsiste. Fulvia lo redujo y avasalló, no para la satisfacción de su amor, para la satisfacción de su venganza. Máquina de guerra, ninguno como él podía con su brutalidad aplastar á Cicerón. Fulvia tomó á Marco Antonio como pudiera tomar un afilado acero, sin más propósito ni más fin que cortar una lengua. La naturaleza del pretoriano y la naturaleza de su mujer se completaban grandemente: Fulvia no parecía la hembra, sino el compañero de Antonio. Forzuda como éste, alta, enérgica, cruel, de voz llena, de músculos vigorosísimos, parecía un verdadero centurión. Gallardísimo Antonio de cuerpo, robusto de temperamento, sordo y ciego de conciencia, desmesurado de frente y espaldas, barbudo, muy barbudo, incansable así al combate como al placer, merecía y justificaba su descendencia del divino Hércules. Hombre tan extraordinario fué llamado con razón la espada de Fulvia. Esta, no solamente sabía esgrimir sus fuerzas en la política, sino en la guerra también. Muchas veces combatió á su lado; muchas veces compartió sus peligros; holgóse muchas veces creyendo suyas las victorias de Antonio. Amazona cruel y bárbara, no conocía las dos más hermosas cualidades que Dios ha puesto en su hermosísimo sexo, el pudor y la piedad. Antonio fué su perro de caza, y le llevó las víctimas que demandaban su codicia, su venganza y su lujuria.

El orador vejó furiosamente á su enemiga, entregándola sin piedad al odio inextinguible de todas las generaciones. Imaginaos cómo huiría, pues, cuando Fulvia y Antonio fueron dueños absolutos de Roma. Así corrió á embarcarse para Grecia en pos de un refugio. Próximo á la ribera, puerto para él en su fuga, sobre las arenas ya, cercano al mar, Cicerón advirtió que le seguían, y tras tal advertencia resolvióse á morir. Los siervos que le conducían pusieron en tierra la triste litera del orador, y se desplegaron en línea para defenderlo con su cuerpo y ofrecerle todos á una la vida en evitación de su muerte. Mas no quiso el orador pugnar ya más tiempo con la fatalidad. Así prohibióles toda tentativa de ataque y defensa Sentado en su litera con serenidad impertubable levantó el brazo, y poniendo su barba sobre la mano, como al meditar en sus largos estudios y reflexiones, miró frente á frente la historia que tenía tras de sí, la eternidad que tenía delante. Después de haber visto con la escudriñadora mirada del espíritu su fugaz pasado y su perdurable porvenir, tendió á los asesinos el cuello y aguardó el golpe. Al acercarse á tanta grandeza, el verdugo retrocedió con horror y ocultó la cara entre las manos. Púsose así por tal manera nervioso, que no acertaba con su obra. La cuchilla se le cayó tres veces, después de haberla hundido en aquel cuello. Las torturas infligidas á Cicerón sobrepujan todo cuanto puede imaginarse. Mas él no lanzó una queja. La espada se melló en huesos y nervios, convirtiéndose como en una especie de sierra. Al fin y á la postre, después de muchos esfuerzos, consiguieron degollarle, y degollado lo trucidaron como pudieran trucidar á un buey en el matadero. Y se repartieron aquellos sicarios los despojos. Cabeza y manos pasaron como un don á Fulvia. En efecto, presentados á ésta, reabrió la boca de donde saliera la mayor elocuencia oída por los romanos y picó furiosa, con su alfiler de oro, la incomparable lengua que había hecho vibrar los aires con las filípicas. Fulvia y Antonio arrancaron á Cicerón su lengua, pero con ella le arrancaron á Roma su alma.

En esta horrible escena ha escogido Maura el momento de presentar la cabeza del orador á Fulvia para su cuadro. Desde luego, los accesorios todos resaltan á una con primorosa verdad. El intercolumnio de mármoles y jaspes, el pavimento de mosaico, la escalinata conducente al triclinio, los áureos lechos romanos, las amplias redes, los frescos de la pared, las copas rebosantes en las manos, todo tiene una exacta fidelidad histórica. En cambio, por darle á Fulvia cierto aire de tigre, hala despojado por completo de la virilidad que le reconoce la historia. Su figura, creada con los ojos y el pensamiento puestos en los cuadros murales de Pompeya, paréceme la más artificiosa y más teatral de todo el cuadro. Pero imposible detenerse ante las minucias, cuando el conjunto atrae y mantiene vivísimo interés. Dos grandes pintores han ejercido sobre la paleta de Maura soberano poder. Es el primero nuestro Rosales y es el segundo Alma Tadema. Todas las figuras de la izquierda del espectador aparecen como las griegas de meridional entonación y corte armónico y escultórico pintadas por el evocador de lo antiguo. La figura de Marco Antonio, que se goza en la venganza de su Fulvia, y la figura del filósofo, que contempla con los ojos del alma el terrible paso, traen á las mientes el Colatino y el Bruto de nuestra Lucrecia inmortal. En cambio, el esclavo que presenta con repugnancia la cabeza del orador, está muy sentido y pone como una lágrima y da como una cadencia de ternura en aquella marmórea impasibilidad que presta el terror á cuantos pueden salvarse de la muerte, sobre todos aleteando y cerniéndose. Pero extendemos demasiado estas reflexiones, y concluimos felicitando al Sr. Maura por la obra que nos presenta y las legítimas esperanzas que con ella despierta. El ardor juvenil de su inspiración primaveral se une al culto de los modelos perfectísimos y al estudio de la ciencia que auxilian la pintura. Un buen saber no empece á los arranques de un sentimiento lozano y mucho menos á las intuiciones de una inspirada fantasía.

Emilio Castelar



BOLIVIA. – VISTA PANORÁMICA DE LA PAZ. (Copia de fotografía.)

## SECCION AMERICANA

### BOLIVIA

El dilatado país que constituye esta República de la América meridional es uno de los menos ó de los peor conocidos de aquel continente; y sin embargo, por la generalidad de las condiciones merecería que en Europa se le prestara mayor atención.

Ocupando una extensión cuádruple que la de España, pues su superficie excede de dos millones de kilómetros cuadrados, la forma y el aspecto general de su territorio son variadísimos. Al Occidente se levanta la gran cordillera de los Andes con sus tres regiones características, coronada de nieves permanentes, y á su pie corren ríos caudalosos y se extienden amenas y bien cultivadas faldas. En el centro hay hermosos y fértiles valles, formando risueñas campiñas, donde crecen un número infinito de árboles y se producen frutas y flores de toda especie. En las alturas se ven páramos y desiertos: al Oriente inmensos bosques vírgenes y selvas profundas de vigorosa vegetación, y también pampas interminables surcadas por mil arroyos y ríos.

Todos los climas, todos los accidentes topográficos, todas las maravillas de la naturaleza están reunidos en aquel país. El aficionado á las ascensiones á elevadas montañas, el alpinista, puede satisfacer cumplidamente sus aficiones, trepando á cumbres que, como el Illimani ó el Sorata, tienen más de 6 500 metros de altitud: si de volcanes se trata, allí se yerguen el Huallatri y el Cosapa con otros varios; si de grandes lagos, Bolivia cuenta, por mitad con el Perú, el de Titicaca, que teniendo 260 leguas cuadradas de superficie, se halla á 3.900 metros de altura sobre el nivel del mar, y mide 600 pies de profundidad; habiendo en él dos islas, la del nombre del mismo lago, célebre por sus ruinas del templo del Sol y sagrada para los naturales por su creencia de haber salido de allí los fundadores del antiguo imperio peruano, y la de Coati, que goza de no menor celebridad, y en la cual existen grandes ruinas del templo de la Luna y el convento de las vírgenes del Sol, dedicadas á su culto. Además de dicho lago pertenecen al país boliviano los de Poopó ó Aullagas, cercano al anterior; el de Cotantica, situado á 4.700 metros de altitud en la cordillera de Pelechuco y todavía no explorado, y el de Rogoagnado, de 48 leguas cuadradas de superficie, en el departamento del Beni.

Si ríos caudalosos se desea encontrar, Bolivia, cuya red fluvial es una de las más ricas y especiales de la América del Sur, ve surcado su territorio por varios




LA PAZ. – CALLE DEL COMERCIO

fluentes del inmenso Amazonas; por el Madera, el Beni, el Mamoré, el Itenez, el Pilcomayo, el Bermejo y otras poderosas corrientes que fertilizan dilatados territorios, y que aun podrían llevar la fecundidad á otros muchos con un bien entendido sistema de canalización.

Las intrincadas ramificaciones de los Andes dan origen á numerosos valles regados por arroyos cristalinos y poblados de frondosos árboles y odoríferas flores, muchas de ellas desconocidas en Europa, y que de aclimatarse en ella serían las mejores galas de nuestros jardines. Entre estos valles son de mencionar los que llevan el nombre de *Yungas*, profundas cañadas cuya temperatura media no baja de 21° centígrados y llega hasta 45°: se hallan situadas al pie de las grandes montañas de la Cordillera donde se perpetúan las nieves, y merced al calor constante que en ellos reina se cosecha el excelente café conocido con el nombre de *café de Yungas*, de calidad, si no superior, igual al de Moca; el cacao, mejor que cuantos se producen en América, y la coca, arbusto cuyas hojas son muy estimadas por los indígenas por el vigor que su jugo comunica, formando un producto especial de dichos valles.

En las extensas llanuras del Beni, y Santa Cruz, de Chuquisaca y Tanja, la fauna y la flora cuentan con toda clase de representantes. Entre los que pertenecen á la primera, figuran en Bolivia la alpaca, rumiante de las regiones frías, cuya lana es de una finura especial, la llama, el guanaco y la vicuña, con cuyo vellón se fabrican también hermosas telas: se cría además la chinchilla, cuya piel es muy estimada y objeto de activo comercio, y la viscacha, de carne exquisita. En las regiones templadas abunda el ganado, y en las ardientes, animales salvajes y feroces, como tigres, jaguares, hormigueros, pumas, nutrias, lobos, perezosos ó pericos-ligeros, ciervos, jabalíes y monos de muchas especies. Hay aves de vistosísimo plumaje y agradable canto; reptiles y anfibios como el caimán, la tortuga, el boa, la serpiente de cascabel y otros, y en los ríos y lagos la pesca es abundante.

El reino vegetal proporciona, además del café, el coco y la coca, ya citados, innumerables especies de riquísimas maderas para construcción, ebanistería y tintóreas, exquisitas frutas y hortalizas, plantas medicinales como la quina, la jalapa, el alcanfor y otras que dan bálsamos y aceites de muchas clases, y toda una colección de palmeras.



LA PAZ. – FACHADA DEL MUSEO

En cuanto al reino mineral, puede decirse que Bolivia es el país de las minas por excelencia, y ellas constituyen, lo mismo que en la época de la colonización, la principal riqueza que se explota. En casi todas partes hay plata, oro en vetas y lavaderos, cobre, bismuto, platino, plomo, estaño, azogue, hierro, zinc, hulla, cristal de roca, alumbre, azufre, jaspes, mármoles, sal, bórax, etc. En Lipez se encuentran esmeraldas y en los llanos desiertos ópalos y ágatas. En la actualidad veintiocho compañías explotan las minas de plata, de las cuales las más importantes son las de Huanchaca, Guadalupe, San Antonio de Lipez, Colquechaca, y las varias de Potosí y Oruro. La Compañía de las minas de Huanchaca pagó al Tesoro, en 1885, 1,760.000 pesetas y repartió á los accionistas un dividendo de 36 por 100. Hoy, entre los particulares, como antiguamente por lo que respecta al gobierno español, las minas del Alto Perú ó Bolivia, han dado origen á grandes fortunas, pudiendo citarse como ejemplo la de uno de los propietarios de las minas de San Antonio Lipez, D. José Quiroga, que ha dejado una herencia de 500 millones de pesetas.

La población, escasísima para un territorio de tan grande extensión, pues según cálculos sólo asciende á unos dos millones de habitantes, está formada en su tercera parte por la raza blanca europea, constituyendo las otras dos los descendientes de los primitivos habitantes del país, ó sea americanos propiamente dichos, ó mestizos de raza española y americana llamados cholos. En las primeras capas sociales de la raza blanca predominan las mismas costumbres y el mismo género de vida que en Europa; con respecto al resto de la población, unas y otro varían bastante.

Las razas indias civilizadas ó salvajes todavía que habitan en Bolivia, principalmente en los departamentos de Santa Cruz de la Sierra, el Beni y Chuquisaca, son tantas y designadas con tan diferentes nombres, que omitimos su enumeración por lo prolija.

El idioma nacional es el de la raza dominante, el español hablado con alguna imperfección en general, y con algunos defectos entre las muchedumbres: los



LA PAZ. – AVENIDA CENTRAL DEL PRADO

indígenas hablan la lengua quichúa y aymará; la primera en los departamentos de Chuquisaca, Potosí, Cochabamba y Oruro, y la segunda en este último y en el departamento de La Paz. En los de Santa Cruz y el Beni se hablan otros muchos dialectos y lenguas, como la chiquitana y guaraní, el toba, el chiriguano y el canichana.

La República de Bolivia está dividida en ocho departamentos, que son: Chuquisaca, La Paz, Oruro, Cochabamba, Potosí, Tanja, Santa Cruz y el Beni. Antes contaba además con el del Litoral, pero desde su reciente guerra con Chile ha tenido que suprimir de su bandera la estrella que representaba este departamento, ocupado indefinidamente por el vencedor.

Aunque Sucre ó Chuquisaca es la capital del Estado, la ciudad más importante es la de La Paz, que cuenta con una población de 60 á 70.000 habitantes. Esta ciudad, atravesada por el río Chuqui-hapu, se halla situada en terreno muy desigual y á 3.717 m. de altitud sobre el nivel del mar, sin embargo de estar en una hondonada respecto de la altiplanicie de los Andes. Fué fundada en 1548 por el capitán Alonso de Mendoza, comisionado al efecto por el Presidente del Perú D. Pedro La Gasca, quien quiso de este modo conmemorar su triunfo y el tratado de paz que celebró con los partidarios de Pizarro y proteger al propio tiempo el comercio del Cuzco y Arequipo con Potosí y La Plata.

Esta población ha sido teatro de los más grandes acontecimientos del Alto Perú, entre ellos el sitio que por espacio de cuatro meses hubo de sostener contra cien mil indios quichúas y aymarás, cuando la colosal sublevación de 1780 provocada por el famoso Tupac-Amaru. En ella brotó también la primera chispa de la independencia peruana, y las contiendas civiles que después se han sucedido han escrito con sangre las páginas de su historia y sembrado de cadáveres sus plazas y calles, sus templos y palacios, sus campos y chozas.

Entre los monumentos de La Paz son de mencionar la catedral, no terminada aún. La fachada principal, que sólo ha llegado al primer orden de cornisas, permite ya calcular lo monumental que deberá ser el templo, adornado de profusión de mármoles, jaspes y granitos. La iglesia del convento de San Francisco es la mejor de la ciudad, de orden toscano perfecto, espaciosa y construída con donativos públicos y principalmente con las grandes sumas que dió el rico minero de Araca D. Diego Baena. Otras muchas iglesias hay en La Paz, que recuerdan el origen español de la ciudad y sobre todo la época de predominio del clero en que ésta se fundó y fué desarrollándose, y además de las ya dichas citaremos la del Sagrario ó San Agustín, de estilo mixto; la de la Merced, unida á un convento habitado por mitad por frailes y soldados; la Recoleta, de moderna construcción; Santo Domingo, templo de piedra labrada, de tres naves y de orden toscano, que hoy sirve de catedral, y la Concepción, monasterio espacioso que tiene hasta ocho patios.

Entre los edificios civiles no es digno de mención ninguno de los que pertenecen á la administración pública, y el único que lo hubiera merecido, la Casa de gobierno, está hoy en ruinas Esta casa se construyó en la segunda mitad del siglo XVI, y su frente principal, que daba á la Plaza mayor, constaba de 13 portadas de piedra en el piso bajo y de 16 en el superior. En 1845 el presidente Ballivián lo hizo demoler por completo y edificó el actual palacio.

«No se puede pasar en silencio, dice el Sr. Moreno, su historia, que es negra como sus actuales paredes.

»Allí en 1661 mataron cruelmente al corregidor Cristóbal de Canedo; allí en 1781 se hicieron muchas ejecuciones; allí en 1809 tuvo lugar el cabildo abierto de la noche del 16 de julio que proclamó la independencia americana; allí en 1814 mataron á Valde-Hoyos, Guerra. Ballivián, Valle y otros godos; en sus pilares Ricafort y Carratalá fusilaron en 1816 centenares de patriotas; allí las bacanales de ciertos presidentes que parodiaron á Domiciano y á Eliogábalo; allí debía morir Linares (10 de agosto 1858) y resultó muerto Prudencio; allí en 1861 el drama de Judas Iscariote representado por Fernández y sus compañeros; allí en su tejado fué muerto Yáñez; allí mataron al ex presidente Belzu y otros en 1865; allí en 1872 fué muerto el Presidente Morales pocas varas distante del sitio en el que murió Belzu, á quien intentó asesinarlo en 1850; allí cayó un terrible rayo que casi prende el polvorín que existía en las cuevas interiores el 21 de diciembre de 1874; allí se sostenían Baptista, Calvo y Salinas con algunos jóvenes contra la asonada de 20 de marzo de 1875 cuando fué incendiado por los revolucionarios!... Allí, en fin, tantos crímenes y episodios políticos, que vinieron á purificarse con el fuego!...

»El fuego devoró por completo ese edificio, lujo de La Paz, del cual lamentándose un escritor chileno, dice: «¡Ay, qué diferente impresión produce ahora en ruinas y QUEMADO POR LAS MISMAS MANOS QUE DEBIAN MANTENERLO! ¡Qué diferente sentimiento inspiran sus salones ricamente adornados, sus patios turbados de ordinario por músicas marciales, sus puertas llenas de coraceros y de guardias lujosamente vestidos!»

Este elegante palacio fué construído con fondos de la Catedral, bajo el diseño y dirección del ingeniero don José Núñez del Prado. Su escalinata de verenguela y sus pórticos de mármol negro sacado de las ruinas de Tiaguanaco aun existen entre sus escombros.

Después del incendio lo hizo cubrir con paja provisionalmente el señor Frías y aun se conserva así, pero deteriorándose rápidamente por la mano destructora de los soldados.

LA PAZ. – PLAZA DE ARMAS

El Museo público se fundó en 1838 por iniciativa de D. José Manuel Indaburu, quien le regaló una preciosa colección de diversos objetos pertenecientes á los tres reinos de la naturaleza, que con perseverancia había reunido. Día por día ha ido desmereciendo desde 1857, hasta el extremo de haber desaparecido las colecciones de piedras preciosas, las de antigüedades peruanas y las de zoología. Quedan, no obstante, unos mantos viejos de los últimos Incas, flechas y plumas de indios antropófagos y chirihuanos, algunas piedras de las ruinas de Tiaguanaco y otros objetos de la época de los Incas. Bolivia, tan rica en productos naturales, debía ostentar con orgullo lo que la Providencia le ha concedido, y sin embargo, no tiene nada que mostrar al extranjero por la incuria de sus gobiernos.

Nada se puede decir de los demás edificios de La Paz, pues ni el teatro, al que siempre han tenido poca afición sus habitantes, ni los establecimientos científicos ni literarios, ni los cuarteles y cárceles ofrecen nada de particular.



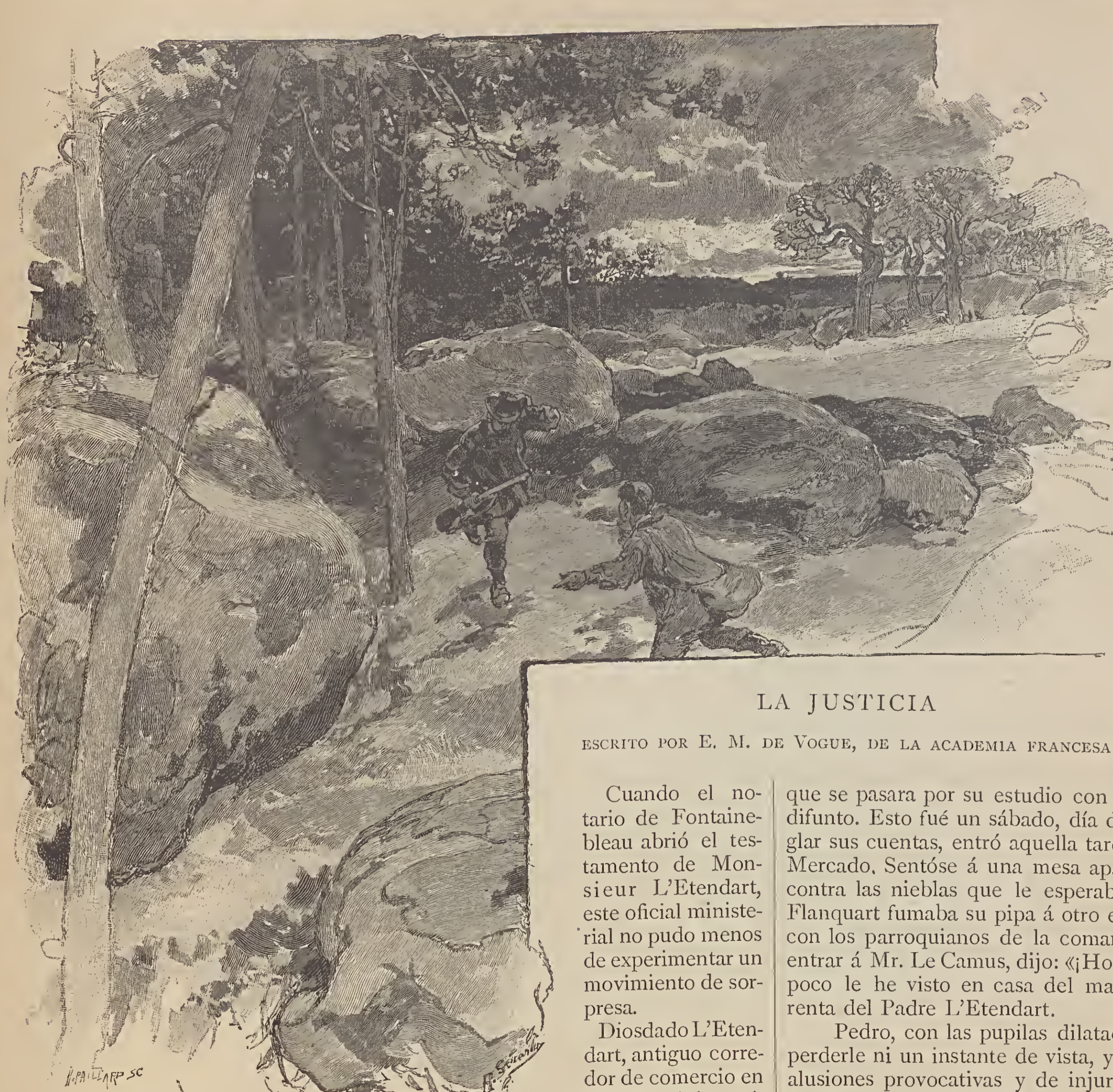
LA PAZ. – INDIOS ARRIEROS

De sus varias plazas, la principal es la del 16 de Julio, ó Mayor, ó de Armas, uno de cuyos lados está ocupado por la catedral nueva y el palacio quemado, el otro por las portadas y el Loreto y los demás por casas particulares. En el centro tiene una hermosa fuente de mármol blanco rojizo.

Una de sus mejores calles es la del Comercio, y en punto á paseos, que son varios, como el de Sopocachi, el de San Jorge, Potopoto, y Challampa, merece la preferencia el de la Alameda, al que dan entrada tres grandes portadas con verjas de hierro; cinco calles de variados árboles y de 548 metros de largo cada una terminan en una galería de 13 arcos de piedra. La calle ó avenida central tiene dos bonitas glorietas y en el centro una fuente.

De algunos de los edificios, plazas, calles y paseos que dejamos enumerados incluimos algunas vistas, reproducción de fotografías que debemos á la galantería del señor D. José M. Farfán, de La Paz.

D. S.



Los Flanquart eran especialmente cazadores furtivos

## LA JUSTICIA

escrito por E. M. de Vogue, de la academia francesa

Cuando el notario de Fontainebleau abrió el testamento de Monsieur L'Etendart, este oficial ministerial no pudo menos de experimentar un movimiento de sorpresa.

Diosdado L'Etendart, antiguo corredor de comercio en Nantes, vivía retirado desde hacía algunos años en una casita de la avenida del Castillo. Habíase establecido en Fontainebleau para estar próximo á sus dos hermanas, casadas en esta población. Estas señoras fallecieron antes que él, dejando sus tres hijos bajo la tutela de su hermano. El hijo de la hermana mayor, Mr. Le Camus, era un bien acomodado plantador, establecido en el valle de la Sole. Aunque muy preocupado por sus negocios, que ascendían á una cifra importante, el plantador prodigaba sus atenciones á su tío. No bien maduraba un fruto sabroso en las plantaciones, Le Camus enviaba estas apetitosas golosinas á Fontainebleau como regalo al indigesto anciano. Los dos hermanos Flanquart, hijos de la hermana menor, también procuraban por su parte mimar á su tío, como verdaderos sobrinos pobres. Nada les había salido bien á estos jóvenes, á decir verdad un tanto calaveras; habían tanteado todos los oficios, siendo sucesivamente posaderos, revendedores, destajistas, y sobre todo, cazadores furtivos, según daban á entender los guardas rurales. El hecho estaba probado, por lo menos respecto á Pedro, el hermano mayor. Sin embargo, Mr. L'Etendart hacía la vista gorda tocante á sus calaveradas y demostraba cierta predilección hacia ellos. Nadie ponía en duda en Fontainebleau que los sólidos ahorros del ex corredor no fuesen á parar á manos de estos parientes preferidos y necesitados. Ellos contaban de antemano con ventajosos fondos comerciales, y su tío parecía predispuesto á facilitarles la adquisición de la casa en que vivían, cuando he aquí que falleció aquél á consecuencia de sus achaques.

Toda la población admiróse también como el notario al saber que Mr. L'Etendart había legado toda su fortuna, ocho mil libras de renta, á su sobrino Le Camus. Sólo á éste no le sorprendió, porque los ricos y dichosos no se admiran jamás de que el azar aumente su prosperidad. El plantador compró terrenos que codiciaba é hizo explotaciones más en grande. No obstante, no varió en nada sus costumbres laboriosas, y continuó viviendo en su casa del valle de la Sole, edificio aislado que se elevaba en medio de una era encerrada en una planicie baja y algo cenagosa, rodeada de un plantío de hayas. Esta propiedad estaba limitada por el camino departamental de Fontainebleau á Moret, que hace un recodo brusco en este sitio y hacia el Norte. Le Camus, que tenía su centro de ocupaciones en Fontainebleau, tomaba diariamente este camino, encorvado sobre su bastón de castaño, vestido con su traje de cultivador acomodado, consistente en un pantalón de terciopelo, chaquetón de tela azul y sombrero de castor.

Respecto á los hermanos Flanquart, los sobrinos desheredados, es excusado decir que fueron los más sorprendidos de la disposición testamentaria de su tío. Su desencanto trocóse instantáneamente en furor contra su dichoso primo. Esta cólera tomó tantas fases diferentes, según el carácter de los dos hermanos. Pedro, el mayor, que era un mozo arrebatado, escandalizó en los cafés de la población con sus quejas y acusaciones; hablaba de intrigas, de coacción y de todo cuanto se dice en casos semejantes, profiriendo públicas amenazas de jugar una mala partida á Le Camus. El genio violento y los habitos poco escrupulosos del cazador furtivo daban á aquellas amenazas una seria significación.

Mateo, el menor de los Flanquart, era un hombrecillo canijo, poco comunicativo y por lo regular tranquilo y taciturno. Los que le conocían superficialmente le tenían por un pobre diablo suave é inofensivo. Generalmente era más bienquisto que el ganapán de su hermano, porque no tenía, como éste, sobre su conciencia, ni corzos pertenecientes al Estado, ni escándalos de taberna, ni otros excesos. Sólo dejaba entrever su malignidad abusando de chanzas de mal género, maduramente pensadas y de malas pasadas hechas á sangre fría en venganza de sus rencores. Estas malas pasadas eran á veces tan diabólicas que hacían reir hasta á las mismas víctimas de ellas, porque generalmente se perdona al que nos divierte. Decíase de él: «¡Bah! ¡Son cosas de ese bromista de Flanquart!»

Después de la muerte de L'Etendart, se hizo Matías más taciturno que de costumbre, sin duda devorado por su oculta ira. A veces, impulsados por su despecho, reñían los dos hermanos, y Pedro decía:

– Tú no eres más que una gallina vieja. ¿Es posible resignarse á una villanía semejante? Si tuvieras siquiera la mitad de corazón que yo, haríamos que ese Le Camus pagara cara su herencia.

– El gritar á nada conduce, – replicaba Mateo; – déjame en paz; si se me excita me obligarán á hacer una que sea sonada.

Después de cumplidas las formalidades legales, el notario avisó á Le Camus que se pasara por su estudio con objeto de tomar posesión de la herencia del difunto. Esto fué un sábado, día de mercado. El plantador, que acababa de arreglar sus cuentas, entró aquella tarde en el café del Reloj, situado en la plaza del Mercado. Sentóse á una mesa apartada y pidió un bitter caliente, como tónico contra las nieblas que le esperaban á su vuelta en el valle de la Sole. Pedro Flanquart fumaba su pipa á otro extremo del café, gesticulando y hablando alto con los parroquianos de la comarca. Uno de éstos, cliente del notario, viendo entrar á Mr. Le Camus, dijo: «¡Hola! He aquí un sujeto que no se fastidia. Hace poco le he visto en casa del maestro Coquerol, coleccionando los títulos de renta del Padre L'Etendart.

Pedro, con las pupilas dilatadas por la ira, miró fijamente á su primo, sin perderle ni un instante de vista, y obligó á los circunstantes á oir una letanía de alusiones provocativas y de injurias mal disfrazadas, cuyo objeto era fácil de averiguar. Por fin, el plantador, exasperado, le interrumpió diciendo:

– ¡Sois un mal hombre!

Flanquart, sumamente exasperado al oir esta provocación, trasladóse de un salto junto á la mesa ocupada por M. Le Camus, desatándose en epítetos infamantes; y como su primo, hombrecillo delgado y endeble, hiciese ademán de levantar el bastón, Pedro dejó caer sobre él sus robustos puños, derribando á consecuencia la silla y hasta la mesa. Después de algunos minutos de lucha levantaron del suelo á Mr. Le Camus, contusionado, maltrecho, tembloroso y sangrando por la nariz, boca y orejas. Le colocaron en un cabriolé para ser conducido á su casa después que hubo prestado declaración circunstanciada ante el comisario de Policía Pedro, profundamente aliviado de su cólera con este golpe de mano, entróse en su casa más ligero y satisfecho que nunca.

– ¿Sabes, – dijo á su hermano, – ese tuno de Le Camus ha tomado hoy los monises del viejo, pero yo le he dado un recorrido de que guardará memoria.

Mateo se encogió de hombros.

– Pues te has excedido, – murmuró éste con voz cavernosa. – ¿No le supones ya bastante rico y tratas de pagarle una indemnización de daños y perjuicios? ¡Bah! Cuando uno quiere vengarse, conviene no hacer á medias las cosas.

Mr. Le Camus no pudo salir de casa durante algunos días, y no se presentó en Fontainebleau hasta el fin de la semana. Esta vez encontróse en la plaza con su primo Mateo, que le saludó políticamente, con gran asombro del plantador, y se alejó á buen paso en dirección á su casa.

Mateo encontró en ésta á su hermano y le dijo en tono indiferente:



Pedro dejó caer sobre él sus robustos puños, derribando á consecuencia la silla y la mesa

– Esta noche hará algo de luna y determino salir al merodeo. ¿Quieres prestarme tu escopeta?

– ¡Mi escopeta! ¿Desde cuándo te has hecho cazador?

– Alguna vez hay que empezar.

– Sí, pero no se empieza arriesgando el pellejo en contra de los guardas, y en una noche en que apenas se distinguirá un ciervo de una vaca.

Y al decir esto Pedro miró con atención á su hermano.

– Oye, Mateo, – dijo después, – sé que ese bribón de Le Camus está en Fontainebleau. No vayas á hacer alguna barbaridad, fuera de romperle un par de costillas. Esto á nada conduce, pero desahoga y no compromete mucho. Por lo demás, ya sabes que la Justicia no gasta bromas.

– Palabrerías, – murmuró Mateo. – Déjame en paz y no te mezcles en mis asuntos. ¿Quieres darme la escopeta, sí ó no?

– Tómala, si quieres; pero dime al menos adónde vas á ponerte en acecho.

– Adonde haya caza, – gruñó Mateo, descolgando el arma de encima de la chimenea. Pedro movió la cabeza con desaliento; sabía que no conseguía nunca el disuadir á su hermano de una resolución tomada.

El menor de los Flanquart se aseguró de que la escopeta estaba cargada y cebada, bebió un vaso de vino y se fué silbando.

Primeramente se dirigió hacia la linde de la faisanería; después, haciendo un rodeo á campo travieso, volvió á seguir el camino de Moret á la salida del arrabal y se sentó junto á un almacén de madera.

No habían dado aún las seis en las iglesias, y como era por febrero ya hacía noche cerrada. La luna en cuarto creciente asomaba á veces por entre las nubes grises, bañando el camino con claridades intermitentes. Mateo miraba distraídamente á los carreros, tapiceros y arrieros de los alrededores que pasaban á intervalos. De repente se ocultó detrás de una pila de maderas. Un hombre á pie avanzaba por el camino, vestido con pantalón de terciopelo, chaquetón de tela azul y sombrero de castor. Era Mr. Le Camus Flanquart le dejó tomar unos cuarenta pasos de delantera, salió de su escondrijo, entró en el camino y se puso en marcha detrás del plantador, adelantando ó acortando el paso, con objeto de no perderle de vista, ni aproximarse mucho á él.

Si Mateo en aquel momento se hubiera preguntado cuál era su intención, difícilmente habría podido responderse. No tenía idea fija, únicamente experimentaba una alegría salvaje en seguir á su enemigo sin ser visto, y en tenerle en su poder, á tiro de escopeta. Sentíase dueño de aquel hombre que había destruído todas sus esperanzas: esto le bastaba por el pronto. Hubiera caminado toda la noche sin notar cansancio, y se admiró cuando habiendo creído que esta especie de caza sólo duraba algunos minutos, hallóse en el recodo del camino, en el ángulo de la hacienda de Le Camus. La silueta del plantador desapareció detrás del recoveco formado por el seto en este sitio. Mateo apresuró el paso, temiendo perder su presa, hizo un corto rodeo, llegó á la revuelta de la senda, y no vió nada pero oyó el ruido de un portón de la fachada de la casa de su enemigo, que se abrió chirriando. Furioso de su retardo, Flanquart acercóse al seto, poco frondoso á la sazón, á causa de los claros abiertos en la hojarasca por los pilletes y los perros. Deslizóse por uno de ellos, pugnando para abrirse paso, y cuando salió al otro lado del vallado, quedóse inquieto y reteniendo el aliento. Momentos después, el sombrero y el chaquetón de Mr. Le Camus, inmóviles bajo un grueso árbol, dibujáronse á la turbia claridad de la luna. El plantador, apoyado en su bastón, contemplaba el horizonte, con la actitud del cultivador que interroga al cielo para saber qué tiempo promete el siguiente día.

Mateo se hallaba en la calle de árboles circular que conducía á la casa, y al volver á ésta Mr. Le Camus, era forzoso que le viera y se sobresaltara. Estábale, pues, vedada la retirada. En este mismo momento, sintió un movimiento de ira que le perturbó la razón; solo veía allí, muy cerca, en la desierta noche, al causante de su desgracia, al rico egoísta á quien siempre había odiado y cuya sangre hubiese querido beber, sobre todo después de la infamia del testamento. En este acceso de cólera, el irascible Flanquart no pudo dominarse, armó su escopeta, apuntó y apretó el gatillo... A la detonación del disparo siguió el ruido seco de una rama tronchada, y Mr. Le Camus se desplomó al suelo como una masa, rompiendo con el peso de su cuerpo el bastón en que se apoyaba. El asesino no oyó ni una queja, ni una convulsión: la víctima cayó sobre una plantación de legumbres. La bala hirió de muerte como un rayo al desgraciado plantador.

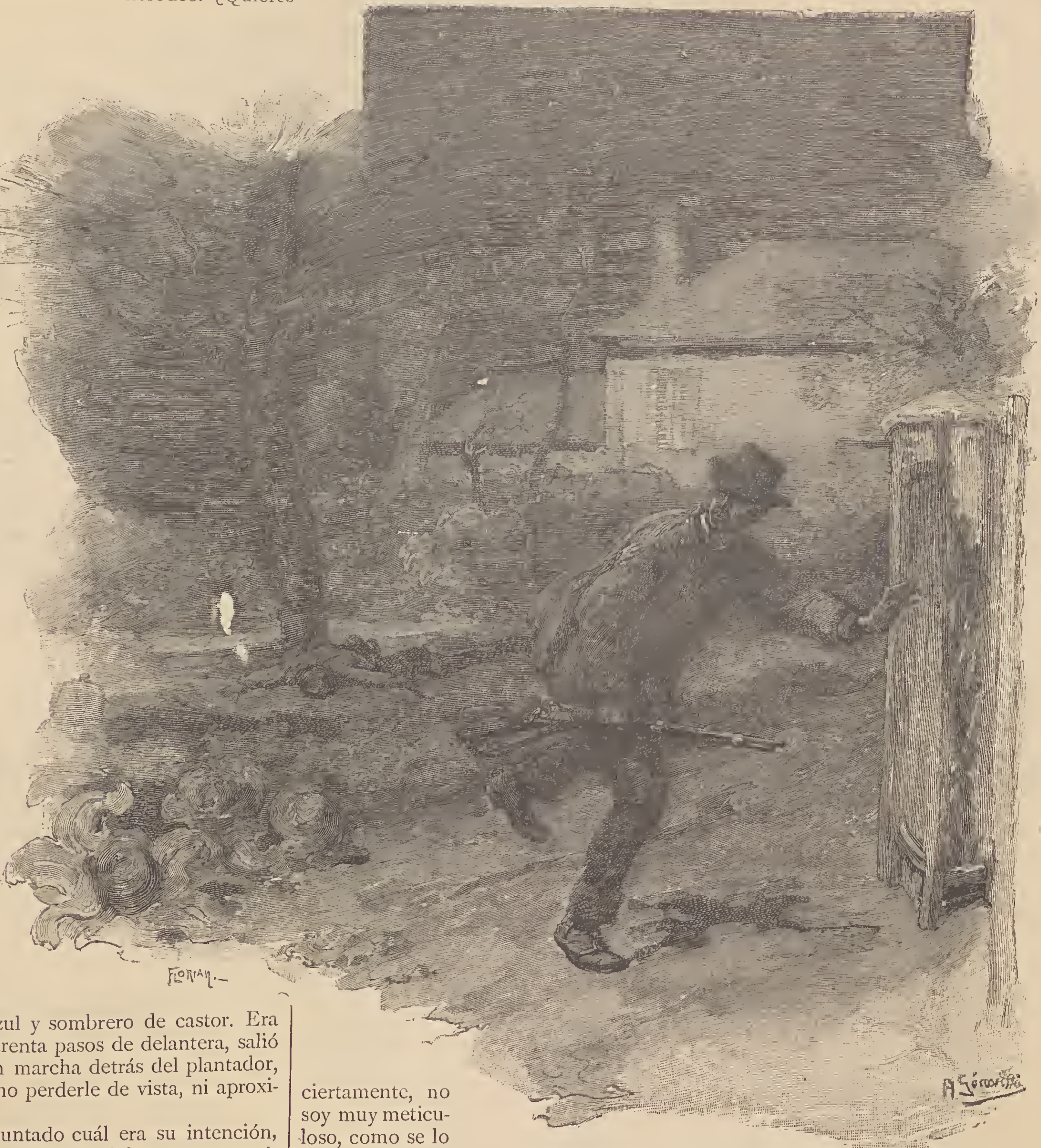
Flanquart, loco de espanto, huyó sin acercarse á su víctima; salió del seto, y precipitándose hacia el camino, tomó carrera en dirección á Fontainebleau. Llegó á su casa bañado en sudor, figurándose oir de cerca los pasos de la Justicia pidiéndole cuenta de su crimen.

Pedro esperaba á su hermano. Viéndole entrar con ademán descompuesto adivinó lo que había pasado. Le cogió la escopeta, la examinó, se cercioró de que el cebo estaba quemado, y colocando el arma en su sitio sin decir una palabra, sentóse en un rincón de la chimenea frente á su hermano. Transcurrieron algunos minutos.

Por fin, Mateo dijo con voz ronca:

– Pues bien, sí, Le Camus ha pagado su cuenta, lo cual le enseñará á no robar á los pobres. Yo estoy perdido.

– ¡Desgraciado!, – replicó Pedro. – ¿Cómo te has atrevido á hacer eso? Yo, ciertamente, no soy muy meticuloso, como se lo he probado á ese pillastre de Le Camus; pero prefiero comer pan negro toda la vida á matar así á un hombre.



Flanquart, loco de espanto, huyó sin acercarse á su víctima

– ¿Vas ahora á sermonearme?, – repuso Mateo. – ¿No me reprochabas de ser un gallina? Tú si que no tienes sangre en las venas. Déjame en paz. Lo hecho, hecho está.

– Por lo menos ponte en salvo: aun tienes el resto de la noche.

– ¿Para qué, si siempre le cogen á uno? Comprendo que no me libraré de las garras de la Justicia. Más vale acabar de una vez. Mañana por la mañana me presentaré á declarar.

Cesó el diálogo. Ambos hermanos continuaron sentados uno al lado del otro, silenciosos, absortos en sus pensamientos. Ya muy tarde, Pedro se acostó. Mateo permaneció sentado delante del hogar con los ojos muy abiertos hasta muy entrado el día.

Oyóse en la calle el ruido de un paso pesado; el más pesado y conocido de los pasos, el de un caballo de gendarme llevando á su jinete. Golpes dados en la puerta despertaron á Pedro, que se levantó sobresaltado, y como vió que su hermano no tenía trazas de moverse, bajó á abrir.

– ¿Sois vos Pedro Flanquart? – dijo el gendarme.

– Sí, yo soy.

– Pues bien: traigo orden de arrestaros. Debéis comparacer ante el tribunal á consecuencia del asunto Le Camus.

– Pero eso no me atañe, os juro que soy inocente, – exclamó Pedro muy pálido y tembloroso. Ni se acordaba de la camorra de la semana anterior.

– Eso no es cuenta mía; – refunfuñó el gendarme. – Ya os entenderéis con la Justicia.

En este momento presentóse en el umbral el menor de los Flanquart. Había oído el nombre fatal de Le Camus, y no abrigó la más mínima duda de que venían en su busca.

– Aquí estoy, prendedme; yo soy el que he dado el golpe. Para saber la verdad no se necesita que atortolen á mi hermano mayor: no sabía nada, no se lo he dicho hasta después.

– ¡Hum! – murmuró el gendarme, que no acababa de comprender.

– Os digo que he sido yo quien ha matado al Le Camus. Es muy sencillo, llevadme ante el comisario.

El gendarme comprendía menos cada vez. Era portador de una citación, á consecuencia de una queja de Le Camus, en la que se querellaba de haberle roto dos dientes, sin hacerse mención de que le hubiesen matado; pero como era un antiguo aficionado á su profesión, al oir la palabra *matar*, su fisonomía tomó un aspecto sólo comparable á la del cazador que, creyendo tirar á un mirlo, ve caer á sus pies un faisán.

– No conozco vuestro asunto, – dijo; – pero venid á explicarle ante el comisario.

Mateo, siguiendo al gendarme, dirigióse á la comisaría. Despertaron al inspector, que medio dormido mandó al declarante á todos los diablos, repitiendo que la querella de Le Camus contra Flanquart vendría á su tiempo al tribunal correccional, y que habiendo remitido al escribano el proceso verbal, no tenía ya nada que ver en el asunto. Habiéndole advertido el gendarme de que había dos Flanquart y quizá dos Le Camus, uno que se quejaba de haber recibido golpes y otro que no se quejaba, pero que acababa de ser asesinado, el comisario escuchó á Mateo, que dijo lacónicamente que había matado al plantador de un escopetazo la víspera de aquel día, por la noche, y que se encontraría el cadáver en el sitio que él designaría. Puesto en presencia de un *hermoso* asesinato, el comisario se revistió, como se dice en estilo elevado, con la máscara de la ley, adoptando una expresión grave, proporcionada á la calidad del crimen. Después de haber telegrafiado al sustituto del procurador, que se hallaba en casa de una señora de Melun, envió á buscar otro gendarme á la brigada, colocó al asesino entre los dos guardianes, y poniéndose á la cabeza de la columna la condujo por el camino de Moret.

Mateo, presa de una pesadilla, reandaba este camino que la noche anterior había recorrido en pos de su víctima. Los gendarmes, silenciosos, no le perdían de vista. Sólo por una palabra, aquel hombre que hasta entonces había tenido derecho á su protección, habíase trocado en su presa, en una especie de cosa, pero cosa horrible. En la mirada de aquellos agentes de la ley parece como que se revelaba la infinita distancia que media entre un futuro presidario y los honrados militares, ejecutores de la Justicia.

Al llegar á la hacienda de Le Camus, las miradas de Flanquart se volvieron involuntariamente hacia un árbol grande que había á la izquierda. Al pie de este árbol yacía un bulto de forma humana entre la hojarasca que tapizaba la senda, medio oculta por plantas crecidas.

Dobláronse las piernas del asesino, y apoyóse en el montante de la puerta, incapaz de dar un paso. El comisario dirigióse solo hacia el triste objeto que ya había visto, y separando las hierbas se inclinó.

Entonces los dos guardianes del preso vieron lo que no recuerda haber visto gendarme alguno: una cosa enteramente anormal. Después de algunos momentos de examen, irguióse el magistrado, llevóse la mano á las caderas en actitud de abandono, y prorrumpió en una risa frenética, de carcajadas repetidas, que resonaron alegremente en medio del silencio de la mañana. Los gendarmes miráronse estupefactos.

Uno de ellos no pudo reprimir su curiosidad, adelantóse al sitio en donde estaba el comisario, y á su vez prorrumpió también en risa estrepitosa. El otro, viendo que la situación se aclaraba, y que la consigna no era seria, dejó al preso y se reunió á su compañero, tomando parte en el coro de carcajadas. Mateo, que había quedado solo junto á la puerta, no vió en esta extraña escena más que una nueva faz de la pesadilla que le asaltaba. Nada podía haber más satánico en el estado de espíritu en que se hallaba que aquellos tres hombres retorciéndose de risa en torno de un cadáver. Reía el comisario, procurando contenerse, y reían los gendarmes con una risa fuerte, pesada y sonora como el paso de sus caballos.

Flanquart los miraba delirante, bañado en sudor, con el cabello encrespado. No obstante, como la risa es el más contagioso de los fenómenos humanos, las facciones del asesino se contrajeron en un gesto epiléptico, un hálito estridente escapóse de sus labios y de su garganta: rió también, mientras que el frío del espanto le atravesaba la médula de los huesos, y sentía que le invadía la locura.

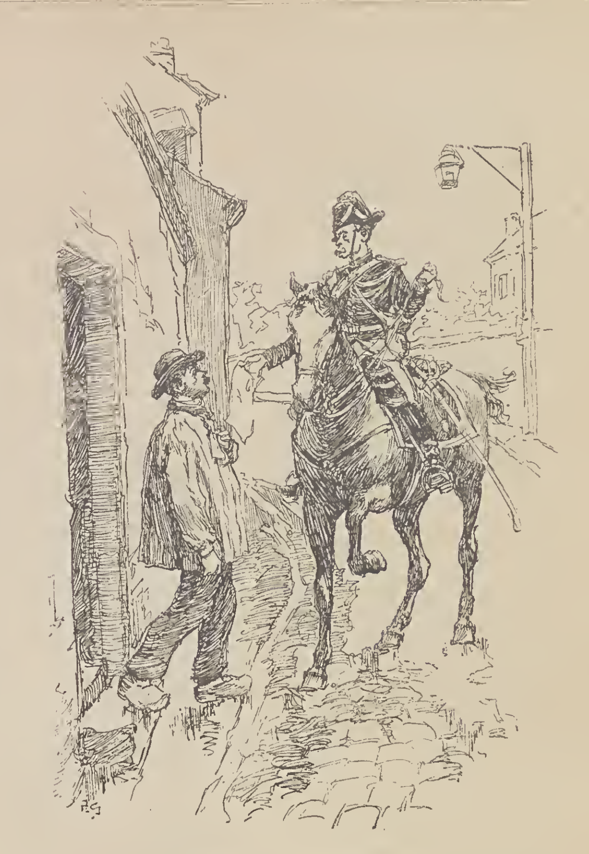
– ¡Te acercarás por fin, farsante!, – gritóle uno de los gendarmes.

El sonido de aquella voz volvióle á la realidad.

Adelantóse tambaleándose, y haciendo un esfuerzo supremo de voluntad, miró hacia el suelo. Súbito se operó en sus nervios una brusca revolución, y echóse á reir á todo trapo, como ríe, quizá instintivamente, todo el que acaba de librarse de un gran peligro. Su víctima, tendida bajo el árbol, que era un cerezo, era uno de esos maniquíes espanta-gorriones que se colocan en las tierras cultivadas. Mr. Le Camus, hombre metódico, les hacía confeccionar y los vestía con sus prendas de desecho: los pantalones de terciopelo, los chaquetones azules y los sombreros de castor servían de traje invariablemente á los empajados guardianes de sus plantaciones. El bastón de aquel espantajo estaba roto, y al mirarle Flanquart maquinalmente, sintió todavía un estremecimiento, porque las astillas de la madera indicaban claramente el golpe de una bala. Este detalle probaba también que la aventura de la noche anterior no había sido un mal sueño. Mateo dedujo que Mr. Le Camus debió entrar en su casa muy de prisa, mientras que él forzaba el seto y se detenía observando al fantasma del plantador. Si el comisario hubiera examinado más detenidamente el bastón, habría notado la señal del tiro; pero influído por la sorpresa, y persuadido de que era juguete de una broma, no pensó en continuar su investigación.



Dime al menos adónde vas á ponerte en acecho



¿Sois vos Pedro Flanquart?

Este funcionario fué el primero que volvió á tomar su aspecto serio, adoptando un aire de circunstancias, medio indignado y medio despechado, que no dejaba de ser cómico.

– ¿Queréis explicarme que significa esta farsa?, – preguntó á Mateo. Mirábale éste con aspecto embrutecido, sin encontrar más respuesta que una risa idiota. Su atontamiento no era fingido; pero el comisario creyó que todavía seguía representando su papel de bromista.

– Tendréis que responder ante quien corresponda de esta estúpida chanza; – repuso el funcionario; – para que no se diga que se puede impunemente turbar el sueño de las autoridades, poner en movimiento á la Justicia y distraer de sus deberes á la gendarmería, y todo ello por una pillastrería de colegial ¡Adiós! Tendréis memorias de mí.

Y dicho esto se alejó con paso noble, haciendo esfuerzos visibles á fin de recobrar la impasibilidad administrativa, que su hilaridad había comprometido en presencia de sus subordinados. Los gendarmes, libres de la presión de su superior jerárquico, volvieron á chancearse por todo lo alto, familiarizándose con el ex criminal.

Las exclamaciones y dicharachos se cruzaban:

– ¡Qué diablo de bromista!

– ¡Y qué bien ha representado su papel! Cualquiera hubiera dicho que había asesinado á sus padres.

– Habría engañado hasta al procurador de la República. Viéndole, yo no daba dos sueldos por su cabeza.

– Vale más que los cómicos de teatro.

– Será preciso guillotinar al maniquí en lugar suyo.

– Por lo menos que nos pague el aguardiente por habernos echo pasear tan de mañana.

Flanquart acabó por reirse de todo corazón y más estrepitosamente que los otros. Experimentaba la grande alegría del que se despierta de una pesadilla, y se prestó casi de buena fe á representar el papel que se le atribuía, encontrando grandemente chusco este incidente que le volvía á la vida. Hubiera abrazado de buena gana á aquellos buenos diablos de gendarmes. Volvieron chanceándose á Fontainebleau: á la entrada pagó una ronda de copas de ciruelas en aguardiente y se separó de aquéllos como de los mejores amigos del mundo. Al mediodía, la feliz broma de «ese farsante de Flanquart» promovía la hilaridad en todos los cafés de la población.

El comisario encontró en su casa al sustituto, que al recibo del despacho había vuelto apresuradamente de Melun, vestido de negro, con corbata blanca, pronto á entrar en funciones. No habiendo sido espectador de aquel golpe teatral, no comprendía la gracia de aquel ultraje hecho á la dignidad de la Justicia; estaba furioso de verse mezclado á semejante truhanería, y acusaba *in petto* al comisario de estupidez ó de complicidad. Después de un cambio de palabras demasiado graves, ambos representantes de la ley buscaron medio de castigar al impertinente bromista, y viéronse obligados á confesar que provocando un escándalo no hacían más que abultar la aventura y ponerse en ridículo, hasta el punto de no poder continuar ejerciendo sus funciones en el departamento. Ante la evidencia de este resultado, resolvieron juiciosamente dar carpetazo al asunto y se separaron con despecho y con mala impresión uno y otro.

Ocho días después llevóse al tribunal correccional la causa de Le Camus contra Flanquart, y Pedro ocupó el banco de los acusados. Cuando el abogado de aquél hubo expuesto sus conclusiones, reclamando una fuerte indemnización pecuniaria por la brutal agresión de que su cliente había sido víctima, tomó la palabra el ministerio público, desempeñado por el propio sustituto, todavía



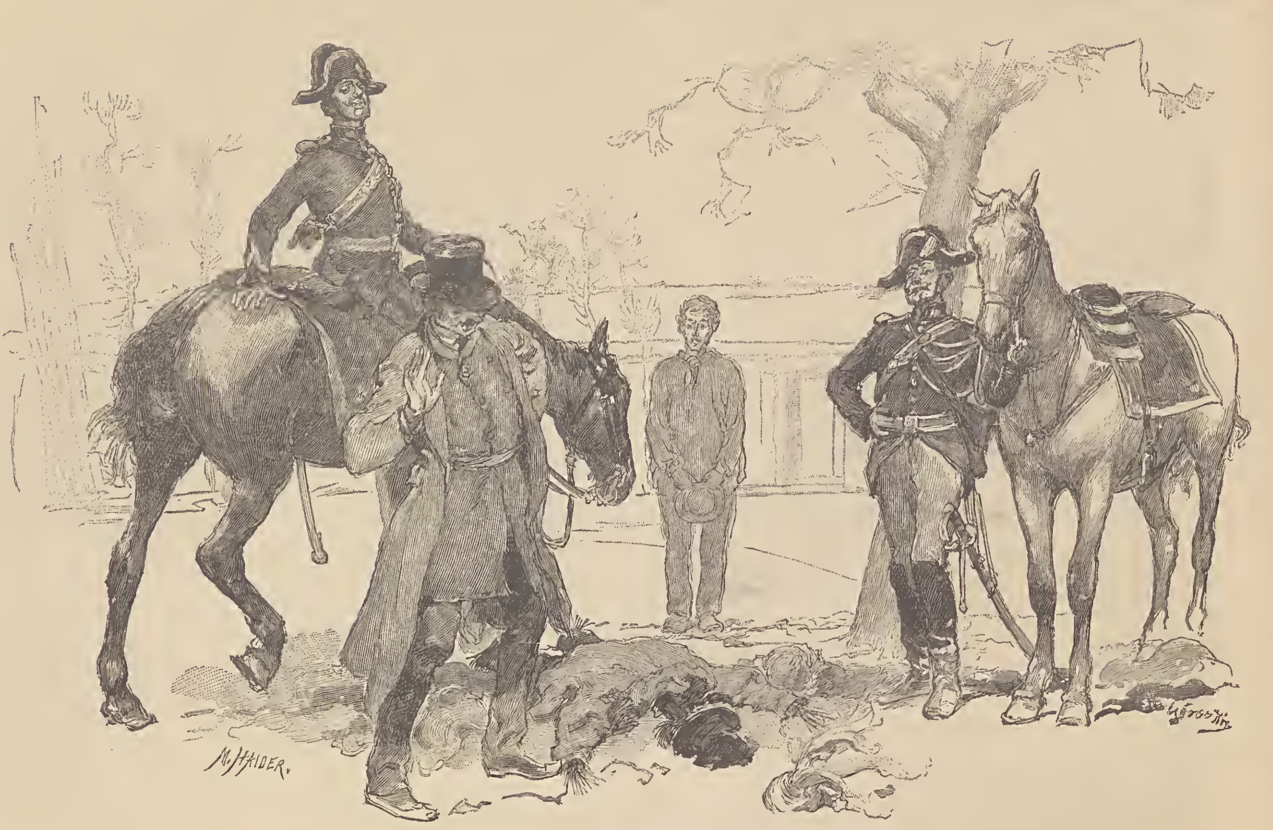

SANTA ISABEL Y EL MILAGRO DE LAS ROSAS, cuadro de L. Max Ehrler



FULVIA EN EL MOMENTO DE ATRAVESAR CON SU ALFILER DE ORO LA LENGUA DE CICERÓN, cuadro de Maura (Véase el artículo de D. Emilio Castelar)

exasperado por causa de su viaje matinal á Fontainebleau para hacer constar el asesinato de un espanta-gorriones. Aunque lo hubiese olvidado, el nombre de Flanquart forzosamente debía recordarle su mala ventura. En términos calurosos él llamó la atención del tribunal contra el acusado, hombre de mala fama, muchas veces condenado por cazador furtivo y que había premeditado largo tiempo su salvaje atentado contra un inofensivo ciudadano.

«Esta causa, dijo el orador al terminar su discurso, tiene, señores, su lado obscuro, independientemente del flagrante delito sometido á vuestra jurisdicción correccional. Resalta en ella un sistema de intimidación, por no decir más, que hubiera podido conducir al culpable á mayores excesos, reservados al supremo rigor de la ley. Mr. Le Camus tiene notorias razones para suponer que el agresor atentaba contra su vida, y que este ataque en pleno día era sólo preludio de tentativas más criminales. El querellante ha notado idas y venidas sospechosas, y una noche que entraba en su casa oyó un próximo disparo de escopeta. La Justicia no se halla en aptitud de decidir si ha habido amenazas de asesinato ó conato de ejecución; pero todas las pruebas morales indican que la susodicha escopeta pertenecía al cazador furtivo, harto conocido en la comarca. Es casi evidente que el hermano del acusado ha ideado una farsa ridícula, sólo para apartar de su hermano las sospechas que pesan sobre él. Yo me avergonzaría de recordar en este sitio á ese necio bromista, si no fuese para hacer caer sobre él un veredicto merecido.»


Irguióse el magistrado y prorrumpió en una risa frenética

(En este momento un antiguo juez no pudo reprimir una sonrisa, y algunos jóvenes espectadores cuchichearon entre sí.)

El sustituto continuó su peroración en tono aun más acre:

«Y como dicho de pasada, haré constar ante el tribunal, que lo deplorará como yo, que un magistrado subalterno se ha dejado sorprender en su perspicacia, y ha caído benévolamente en el lazo tendido á la majestad de la Justicia. Pero esta truhanería de mal género no debe separarnos de las sospechas peligrosas suscitadas respecto á Pedro Flanquart; porque todo es sospechoso en su conducta. Me admiraría si no oyese aquí una voz pidiendo en conciencia que el acusado no debe estar en estos bancos, sino en los infamantes del tribunal supremo. Vuestro veredicto, señores, tendrá en cuenta estas circunstancias agravantes.»

En conformidad con las conclusiones del ministerio público, Pedro Flanquart fué condenado, aplicándole el artículo 311 del Código penal, por golpes y heridas que produjeron incapacidad para el trabajo menos de quince días, á cinco meses de cárcel y cien francos de multa.

Al salir de la audiencia y al subir al coche celular, Pedro notó que los gendarmes que le custodiaban sonreían, cambiando miradas de inteligencia con un sujeto sentado á la mesa en un café de la plaza. El gendarme murmuró al oído de su compañero:

– Allí está ese bromista de Flanquart.

El condenado miró, vió á su hermano Mateo que revolvía un ajenjo, fumando su pipa, y dijo al gendarme.

– ¿Conocéis á mi hermano? Pues hacedme el favor de llamarle.

El soldado contestó con altivez:

– Detenido, yo no conozco á nadie.

– Entonces, permitidme que me despida de él.


Mateo estaba tomando un ajenjo en un café de la plaza

– Imposible, detenido, estáis en poder de la Justicia.

El carruaje comenzó á rodar. Durante el trayecto hasta la cárcel, Pedro parecía abstraído por una idea que golpeaba en su obtuso cerebro; hubiérase supuesto que meditaba respecto á un problema, al que su ingrata inteligencia no hallaba solución. En más de una ocasión, los gendarmes oyéronle murmurar esta palabra, que repetidas veces se deslizaba por entre sus gruesos labios: *¡La Justicia!*

TRADUCIDO POR FLORENCIO M. GODINO

## LA VELOCIPEDIA

De algunos años á esta parte, la velocipedia (perdónesenos este neologismo que nos evita un circunloquio) ha adquirido una extensión considerable, á pesar de ser uno de los ejercicios que más ha tenido que luchar con toda clase de preocupaciones y escrúpulos, por no comprenderlo ciertas gentes sobrado exclusivistas. Si se ha de dar crédito á los que la practican, la velocipedia, como la mayor parte de los ejercicios físicos, apasiona y cautiva, y en esto consiste sin duda la causa principal de su indiscutible éxito.

Con todo, los primitivos velocipedistas, los de 1860 á 1880, han necesitado mucha perseverancia para vencer el retraimiento burlón é implacable de la gente. Hoy el brillante resultado obtenido ha galardonado la tenacidad de los aficionados, y nadie pone ya en duda la importancia que la velocipedia ha adquirido en nuestras costumbres.

Los progresos realizados en la fabricación de velocípedos en el extranjero son sorprendentes: en Inglaterra hay más de 500.000 según resulta de las averiguaciones practicadas por las administraciones de algunos ferrocarriles, á los cuales parece que causa algunos perjuicios tan gran número de velocipedistas. Verdad es que con los aparatos contemporáneos se puede recorrer distancias extraordinarias y subir cuestas bastantes altas, cosa que en otro tiempo se tenía por imposible.

La velocipedia tiene numerosos órganos en su defensa: cuenta con treinta y cinco periódicos especiales, semanales en su mayoría, y algunos de los que se publican en Inglaterra constan de 30 á 40 páginas. La prensa diaria presta asimismo su concurso á este nuevo arte, con lo cual viene á proporcionarle una especie de sanción pública.

En Francia hay ya más de cien sociedades, y muchas de ellas están confederadas bajo el título común de *Unión velocipédica de Francia*, fundada en 1881. Esta asociación tiene por objeto la defensa de los intereses de los clubs y de los ciclistas aislados, facilitando los buenos caminos del *turismo* por medio de una red admirablemente trazada y llamada á radiar con el tiempo por la Francia entera. La velocipedia militar, detenidamente estudiada hace ya tiempo en muchas naciones, es en la actualidad objeto de profundo examen en la vecina república, desde las favorables pruebas hechas en las grandes maniobras militares de estos últimos años. La prensa no deja de ocuparse de ella, y los regimientos franceses tienen velocipedistas regulares.

Recientemente se ha publicado un libro, debido á la pluma de M. Mauricio Martín, redactor del *Veloce-Sport*, de Burdeos, obra llena de consejos y de ideas prácticas sobre los viajes en velocípedo, y escrita con motivo de un viaje efectuado en agosto último de Burdeos á París por tres ciclistas muy conocidos: G. Thomas, presidente de la *Unión velocipédica de Francia*, Oscar Maillotte y el autor de la obra en cuestión, individuos del *Veloce Club bordelais*.

Parece resultar de los hechos que es posible andar en velocípedo 150, 200 y hasta 250 kilómetros diarios por carretera, si el velocipedista es práctico y está bien acostumbrado; pero que la marcha natural, la que permite ver los países, no debe pasar de 80 ó á lo más de 100 kilómetros, cifra esta última á la que sólo habrán de llegar los viajeros ya avezados.

La velocipedia es un ejercicio digno de recomendarse á la juventud: puede ser muy útil en tiempo de guerra, y en el de paz comunica vigor y agilidad á los que lo practican, permitiéndoles hacer largos viajes con mucha economía.

M. A.

## SECCIÓN CIENTÍFICA

### FÍSICA SIN APARATOS

#### CURIOSO EXPERIMENTO DE ÓPTICA

Para verificar los dos experimentos que vamos á describir bastan una tarjeta de visita poco transparente y un alfiler que por de pronto sirve para practicar en aquélla un agujero pequeño, pero muy marcado.

*Primer experimento.* – Apoyando la tarjeta sobre el ojo se verá que la potencia de acomodación aumenta de tal modo que un présbite distingue perfectamente al través del agujero la cabeza del alfiler á dos centímetros de distancia del ojo y un míope lee fácilmente, á una distancia de 40 ó 50 centímetros, caracteres de imprenta. Este experimento se relaciona con la fotografía sin objetivo. El ojo humano, como un objetivo fotográfico, carece de *profundidad*, es decir, se acomoda sólo á una distancia determinada. Si miramos, por ejemplo, la pared de una habitación y hacemos pasar, á algunos decímetros del ojo y en el campo visual, una tarjeta, ésta se nos aparecerá muy vaga, y si fijamos nuestra atención en ella, dejaremos de ver la pared; pero si aplicamos á nuestro ojo la tarjeta agujereada, veremos claramente la pared, y la tarjeta y todos los objetos parecerán completamente planos: las imágenes de la retina tendrán la misma limpidez que en la cámara obscura provista de un pequeño agujero ó de un objetivo de gran diafragma.

*Segundo experimento.* – Coloquemos (fig. 1) la tarjeta á 3 centímetros de nuestro ojo; miremos fijamente, al través del agujero, una superficie muy iluminada, como el globo de una lámpara, y hagamos pasar el alfiler entre la tarjeta y el ojo á igual distancia de la una y del otro. Si el alfiler se mueve de derecha á izquierda, la veremos moverse de izquierda á derecha; si lo retiramos poco á poco, la cabeza del mismo se dibujará en el agujero al lado opuesto al en que aquélla se encuentra; en otros términos, veremos la imagen del alfiler invertida. Este experimento es poco conocido; he aquí su explicación:

Sabido es que las imágenes de los objetos exteriores aparecen invertidas en la retina (fig. 2, núm. 1) y que sólo gracias á la educación de la vista las vemos derechas. Pues bien: en el experimento el pequeño agujero obra únicamente como punto luminoso A (fig. 2, núm. 2) y proyecta la sombra del alfiler sobre el fondo del ojo: la pupila desempeña aquí el papel de grande abertura; es una simple ventana. Este experimento se puede hacer de diversas maneras. Si guiña el ojo delante del agujerito de la tarjeta, el observador verá sus propias pestañas invertidas. Finalmente, imprimiendo á la tarjeta un ligero movimiento de vaivén ó haciendo describir al agujero un pequeño círculo, el campo visual parece, al cabo de un instante, surcado de una red de ramas. Esta visión es debida á la sombra de los vasos capilares sobre la capa sensible de la retina.

Este último experimento no siempre sale bien á la primera vez, y cuando á los dos ó tres minutos no se produce el fenómeno, vale más renunciar á él que fatigar demasiado la vista. – C. E. G.

(De *La Nature*)



Fig. 1. – Modo de obtener la imagen invertida de un alfiler. En la parte superior del grabado, el aspecto de la imagen invertida.

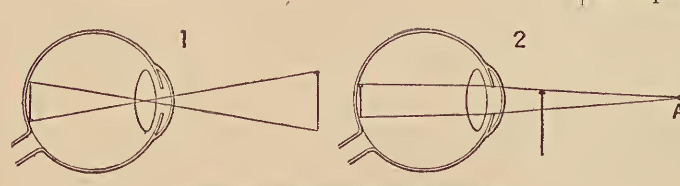



Fig. 2. – Explicación del fenómeno

### LA PÓLVORA SIN HUMO

Antes de entrar en las diversas consideraciones que nos sugiere la adopción del nuevo explosivo militar, definamos lo que es la pólvora sin humo. Las armas que la utilizan no son, como algunos podrían creer, simples tubos pneumáticos que funcionan por la acción de un gas comprimido, sino que, en principio, son las mismas que eran antes, puesto que en ellas la carga de pólvora se quema como en éstas y la detonación subsiste: lo único que ha desaparecido es el humo ó, por mejor decir, ha sido reemplazado por una ligera nube que se desvanece pocos segundos después de hecho el disparo.

¿Por qué este humo, al revés de lo que sucedía con las pólvoras antiguas, es incoloro? Por la sencilla razón de que la explosión de la pólvora negra produce, además de los gases, el 50 por 100 de materias sólidas en el peso total de los cuerpos que aquélla pone en libertad, al paso que la de la pólvora nueva sólo da gases simples sin mezcla de sólido alguno.

Si descomponemos la pólvora ordinaria, veremos que químicamente se resume en la siguiente fórmula:

$$4KAzO^3 + S + 5C = \begin{cases} K^2SO^4 + K^2CO^2 \\ 5CO + 4Az \end{cases}$$

Salitre, azufre y carbón = { Sulfato y carbonato de potasa *(sólidos)* / Oxido de carbono y ázoe *(gaseosos)*

La combustión de la pólvora negra da, pues, además de los gases simples, un residuo sólido, una parte del cual se deposita en el cañón y constituye la costra de las armas de fuego, mientras el resto se disemina en un estado de división extrema entre los gases y los vapores desarrollados por la explosión y produce el humo visible. Este fenómeno no puede producirse con la nueva pólvora, cuya potencia no es debida al antiguo compuesto ternario, sino á lo que llamaremos los grandes explosivos y, entre éstos, á las celulosas nitradas y á las nitroglicerinas especialmente. La explosión de esa pólvora produce solamente gases y vapores sin polvo que los obscurezca, es decir, un humo casi invisible.

Las ecuaciones de descomposición de los dos grandes explosivos, el algodón fulminante (que no es otra que una celulosa nitrada al máximo) y de la nitroglicerina (que veremos empleada en la pólvora sin humo Nobel) son las siguientes:

$$C^6H^7(AzO^2,^3O^5 = 2CO^2 + 4CO + 3H^2O + H + 3Az$$

Algodón fulminante = { Acido carbónico, óxido de carbono, agua, hidrógeno y ázoe (todos *gaseosos*)

$$C^3H^5(AzO^2)^3O^3 = 3CO^2 + 2,5H^2O + 3Az + O\,50$$

Nitroglicerina = { Acido carbónico, agua, ázoe y oxígeno (todos *gaseosos*)

Se equivocarían los que creyeran que los sabios cuyos nombres citaremos más adelante y que han dirigido sus estudios á buscar la fórmula verdadera de la nueva pólvora se propusieron exclusivamente encontrar la pólvora *sin humo*. Cierto que no ignoraban que de sus experimentos sobre los explosivos á base de las celulosas nitradas resultaría forzosamente esa propiedad especial; pero no era esto lo que propiamente les preocupaba, sino que buscaban, ante todo, un explosivo capaz de imprimir una gran velocidad inicial al proyectil sin que sus propiedades rompientes pudieran perjudicar la seguridad del arma; es decir, una pólvora de gran velocidad y poca presión y menos sucia que la antigua para que la precisión del tiro no perdiera lo más mínimo.

No pudiendo entrar en detalles de química elemetal acerca de la composición y preparación de las nitrocelulosas, base de todas las pólvoras sin humo, diremos solamente que se obtienen por la acción de los ácidos sulfúrico y nítrico sobre la celulosa y que se dividen generalmente en tres clases, según su grado de nitrificación: las mono, di y tri-nitrocelulosas, según que en la fórmula de la celulosa ($C^6H^{10}O^5$) se sustituyan uno, dos ó tres átomos de hidrógeno por uno, dos, ó tres de azotilo ó nitrilo ($AzO^2$), lo que da á nuestra serie de celulosas nitradas las fórmulas siguientes:

| | |
|---|---|
| Mononitrocelulosas. . . . . | $C^6H^9(AzO^2)O^5$ |
| Dinitrocelulosas. . . . . . . | $C^6H^9(AzO^2)^2O^5$ |
| Trinitrocelulosas. . . . . . . | $C^6H^9(AzO^2)^3O^5$ |

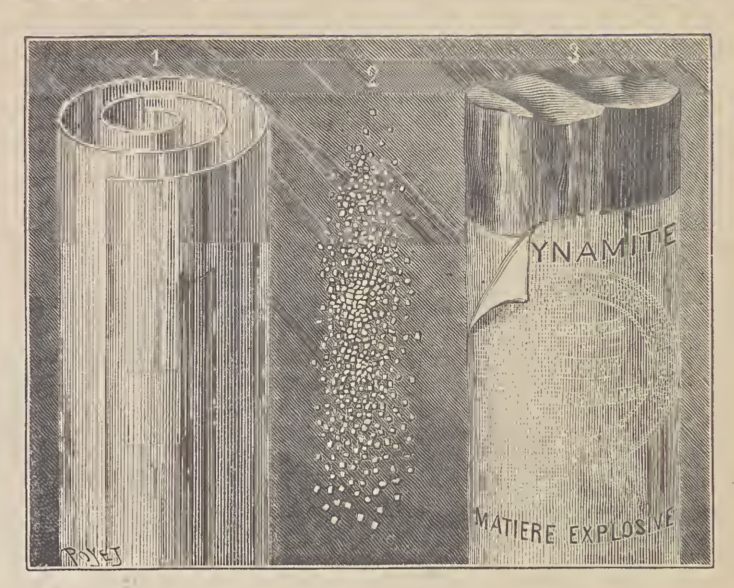



Fig. 1. – Pólvora sin humo y gelatina explosiva. – 1, Hoja de pólvora sin humo. – 2, Granos de pólvora sin humo. – 3, Gelatina explosiva.

Las mononitrocelulosas son cuerpos imperfectamente nitrados y las trinitrocelulosas son los algodones fulminantes, muy inflamables y cuya aplicación á las armas de guerra sólo han dado resultados muy incompletos: únicamente nos ocuparemos de las dinitrocelulosas, por su curiosa propiedad de ser solubles en ciertas mezclas (dos partes de alcohol y una de éter, por ejemplo), al paso que son completamente insolubles en ellas las trinitrocelulosas ó algodones fulminantes. Las pólvoras sin humo deben, pues, obtenerse por la disolución de una celulosa soluble en un líquido volátil, sola ó mezclada con cuerpos accesorios, oxidantes ó retardantes, empleados estos últimos para hacer más lenta la explosión y, por ende, para disminuir las presiones interiores que podrían producir la ruptura del arma.



Fig. 2. – Combustión de una laminita de pólvora sin humo

Examinemos ahora los grabados que acompañan este artículo: la fig. 1, núm. 1, representa una hoja de pólvora sin humo, y el número 2 los granos, ó mejor los pequeños paralelepípedos de pólvora sin humo en disposición de ser introducidos, en la proporción designada, dentro del tubo metálico de los actuales cartuchos. Estos granos se obtienen cortando la hoja número 1, y atentamente examinados se presentan bajo la forma de una materia córnea, escamosa, semi-transparente, ligeramente colorada y aun completamente parduzca; en suma, ofrecen un aspecto enteramente distinto que la pólvora negra. Esta materia es simplemente nuestra celulosa soluble disuelta en un líquido volátil que luego se hará evaporar, dejando como resultado de la operación una masa viscosa que puede ser estirada, arrollada ó laminada entre dos cilindros metálicos.

Aunque de cincuenta años á esta parte hombres eminentes de todos los países han hecho objeto de sus estudios la pólvora sin humo, la de M. Alfredo Nobel, químico sueco, es en la actualidad el único

explosivo de guerra que puede competir seriamente con la pólvora sin humo francesa.

El examen de las diversas pólvoras sin humo nos familiarizará con el nuevo explosivo, «el explosivo de mañana,» que podríamos decir Estos explosivos, sean cuales fueren, tienen todos por base invariable las celulosas nitradas cuya explosión es enteramente *gaseiforme*. La primera en fecha, después de la pólvora Schultze, es la registrada en 1886 por sir Federico Abel, el eminente químico de Woolwich, que contiene 100 partes de nitrocelulosa, á la que se añaden de 10 á 50 partes de nitrato de amoniaco. La nitrocelulosa es también la base de la pólvora registrada en 1888 por M. Turpin, el inventor de la panclastita y, según se dice, de la melinita; de la pólvora sin humo que desde 1888 se hace en la fábrica belga de Wetteren; de la pólvora de la fábrica austriaca de Walsrode, llamada pólvora de Wolf; de la pólvora Maxim, inventor de las ametralladoras de su nombre; de las de Johnson y Emmens, y finalmente de la de Nobel, adoptada actualmente por el ejército italiano con el nombre de *balistita*.

Ya comprenderán nuestros lectores que no ha estado nunca en nuestro ánimo describir la fabricación de la polvora sin humo que emplea el ejército francés: la pólvora Vieille es secreto de Estado, y aunque lo conociéramos nos guardaríamos bien de revelar el menor detalle. Lo único que queremos saber y podemos afirmar es que, como en todas las citadas, las propiedades de la pólvora sin humo francesa se deben por entero ó en su mayor parte á la celulosa nitrada, soluble ó no, que contiene

Pero esta reserva no puede alcanzar á las otras pólvoras sin humo, especialmente á la pólvora Nobel, que despierta nuestra curiosidad científica porque contiene, no sólo nitrocelulosa, sino también nitroglicerina en grandes proporciones, en lo cual se diferencia de todas las demás. Si nuestros lectores fijan su atención en las ecuaciones de descomposición química antes citadas que demuestran la explosibilidad enteramente gaseiforme de cada uno de esos dos cuerpos, se convencerán de que ningún ejemplo mejor que el que esta pólvora nos ofrece podríamos escoger en apoyo de lo que tratamos de demostrar, ya que la pólvora Nobel es doblemente invisible, por decirlo así, á causa de la presencia simultánea en su composición de la nitrocelulosa y de la nitroglicerina.

Hace mucho tiempo que M Alfredo Nobel estudiaba con afán las mezclas de nitroglicerina y nitrocelulosa: las gelatinas explosivas empleadas en los trabajos públicos y en las minas para la voladura de rocas fueron los primeros y muy interesantes resultados de sus experimentos, y hoy son de uso y fabricación corrientes. La fig. 1, núm. 3, representa una muestra de estas gelatinas de apariencia gomosa y de color de ámbar.

Estas gelatinas, á base de nitroglicerina y de nitrocelulosa, son los verdaderos antecesores de la pólvora sin humo que Nobel hace actualmente ensayar en los polígonos de las potencias europeas En efecto, en la patente que obtuvo en 1887, el inventor reivindica la propiedad de un cuerpo compuesto de 150 partes en peso de celulosa azoada soluble, con una mezcla de 100 partes de nitroglicerina y 10 á 12 por 100 de alcanfor. De esta suerte, después de amasar la pasta y laminarla en caliente, obtiene Nobel una materia córnea ó semi-córnea que fácilmente puede cortarse en granos y que, según dice, no produce humo, siendo, además, su explosión bastante lenta para hacer de ella una pólvora de tiro para infantería ó artillería.

La pólvora Nobel, adoptada por el ejército mayor italiano, se fabrica en la gran fábrica de dinamita que el químico sueco posee cerca de Turín Los diversos períodos de la fabricación se resumen en las siguientes sencillas operaciones: mezcla de nitroglicerina y nitrocelulosa, masaje, laminaje de la pasta gelatinosa por medio de cilindros calentados por una corriente de vapor, enfriamiento de las hojas, corte de las mismas en laminillas y luego en granos, y tamizado de los granos con tamices perforados á diámetros cada vez más estrechos.

El descubrimiento de la pólvora sin humo ha introducido una verdadera revolución en la táctica militar.

Máximo Helene

(De *La Nature*)

### MECÁNICA DE LOS OBJETOS USUALES

El lápiz «mystic». – Tiene este lápiz, de fabricación americana, la ventaja de que sin necesidad de resorte alguno sale la plombagina y se aguanta firme con sólo volver el lápiz hacia abajo, bastando volverlo hacia arriba para que aquélla se encierre de nuevo en su estuche.

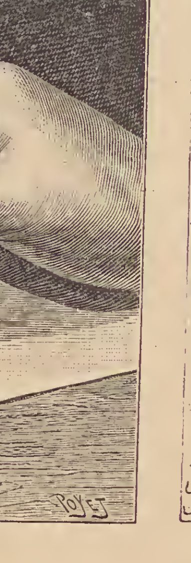
La fig. 1 representa el lápiz á punto de escribir, ó sea vuelto hacia abajo: un estuche de madera G está ajustado á un cilindro hueco de hoja de lata F, en donde se oculta el mecanismo que vamos á describir; la plombagina H va fija al extremo de una boca de cobre D cuyo otro extremo sirve de eje á dos espigones L de cobre delgados que giran alrededor del centro O. Alrededor de esa boca cilíndrica se desliza libremente una rodajita de metal C que sirve para detener, en el momento que se quiere, el peso B. Este peso B cilíndrico se desliza también libremente alrededor de los espigones L Cuando se sostiene el lápiz en posición vertical, con la punta hacia abajo, el peso de todo el mecanismo, ayudado por el contrapeso B, hace descender la plombagina, cuya punta sale por el orificio del estuche; entonces el contrapeso B mantiene cerradas las horquillas inferiores de los espigones L y separadas las superiores que encajan exactamente en la ranura AA del cilindro F, de modo que aunque se apriete el lápiz contra el papel las horquillas permanecerán clavadas en la muesca

Si, por el contrario, volvemos el lápiz de modo que la punta mire hacia arriba, ésta se oculta y queda resguardada, pues el contrapeso B aprieta el otro extremo de las horquillas LL, y soltando el mecanismo, éste se desliza hasta el fondo del cilindro, arrastrando con él la boca D y la plombagina.

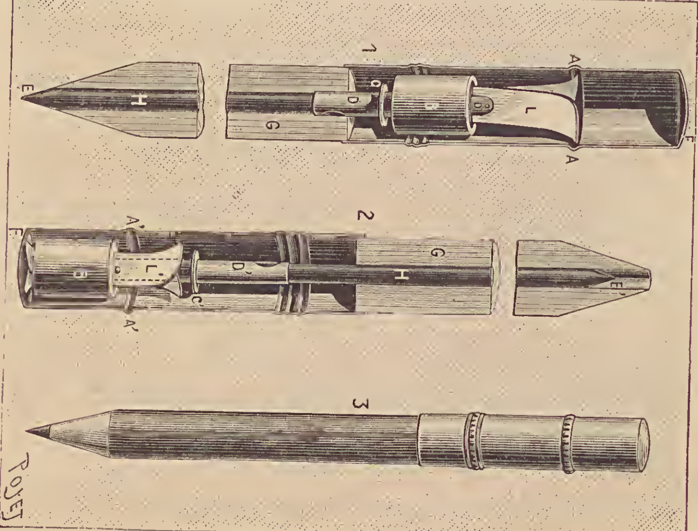
El «presto-encolador». – Todos los que usan los encoladores comunes han de luchar con los inconvenientes de ensuciarse los dedos al contacto de la cola ó de tener que apelar al cortaplumas ó al sacacorchos para arrancar el tapón que por haberse secado la cola ha quedado fuertemente adherido al frasco. Estos inconvenientes desaparecen con el frasco cerrado con cauchú.

Dos pequeños cortes practicados con un cortaplumas en el extremo de la cápsula permiten la salida de la cola cuando, vuelto el frasco boca abajo, se hace uso de él como de un pincel ordinario. Cuando no se emplea el frasco, los cortes se cierran herméticamente, evitando así que el líquido se seque: cuando se mueve el frasco como si fuera un pincel, esos cortes se abren, á pesar de la ligera capa de cola que haya podido formarse en ellos.

(De *La Nature*)




El *presto-encolador*




El lápiz *mystic*. – 1, Lápiz dispuesto para escribir, con la punta fuera. – 2, Lápiz en reposo, con la punta dentro – 3, Lápiz en su aspecto normal y tamaño natural.

### PASATIEMPOS CIENTÍFICOS

#### EL GATO ELECTRIZADO

Trátase de obtener una máquina eléctrica al alcance de todos, puesto que las personas que asisten al experimento que vamos á describir son los elementos de la misma con el concurso de un gato cualquiera, con tal de que éste no sea un animal demasiado irascible y celoso de su persona.



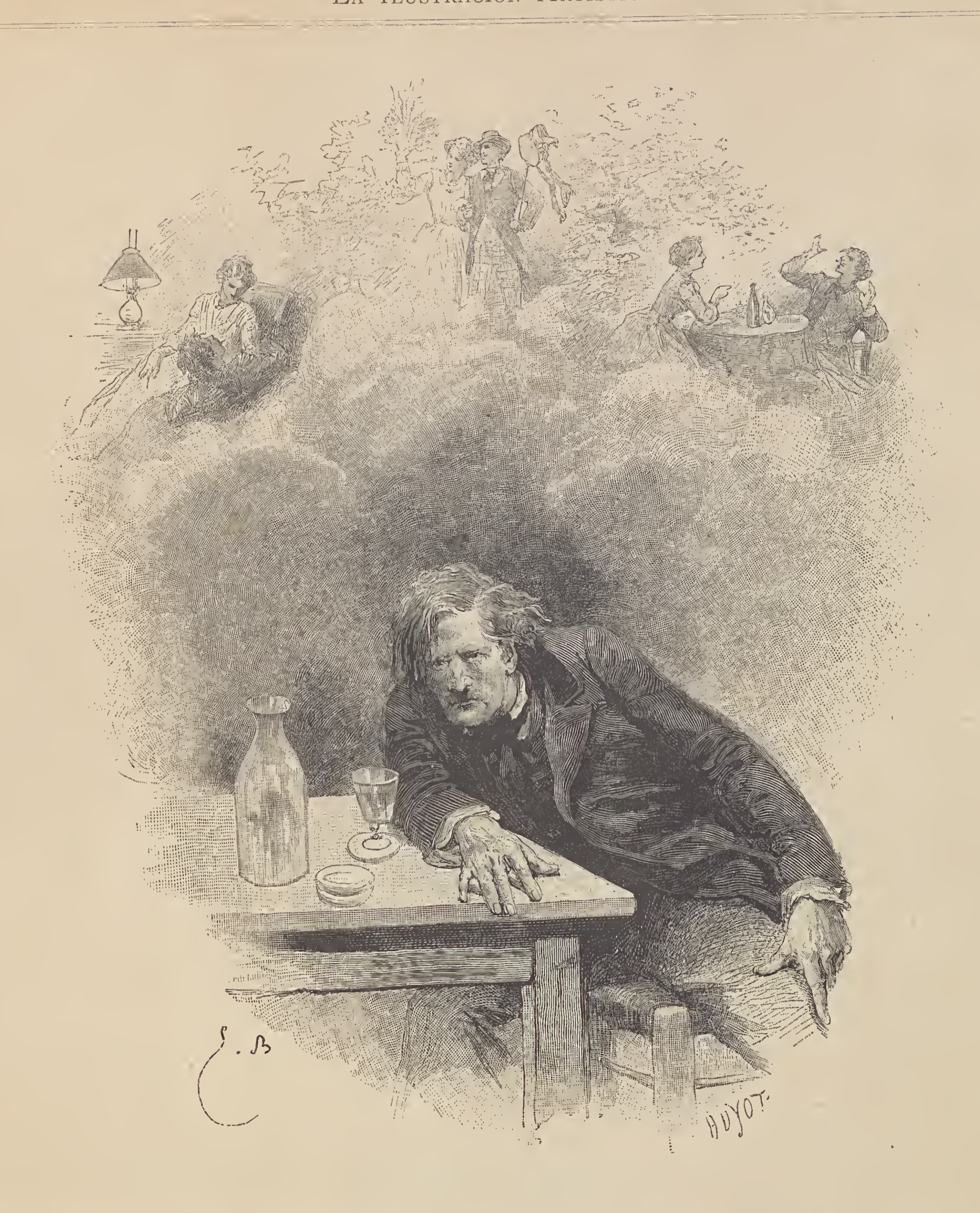
Modo de obtener una máquina eléctrica con un gato

Tómese una silla cuyos pies descansen en el fondo de cuatro vasos de cristal comunes ó mejor sobre esos aisladores de cristal que se colocan debajo de los pies de los pianos: siéntese alguien sobre la silla así aislada cuidando de apoyar los pies sobre uno de los travesaños inferiores de la silla ó sobre un taburete aislado también por uno de los dos procedimientos antes indicados, y teniendo en su falda el gato dócil, una de cuyas patas, por lo menos, ha de sujetar el que está sentado. Otra persona acariciará entonces al gato con la mano, y si el tiempo es frío y seco, por ejemplo, en una de esas noches de invierno en que el estado higrométrico de la habitación es poco elevado, sea por la proximidad del fuego, sea á consecuencia de las condiciones atmosféricas, á las pocas veces de pasar la mano se sentirán fuertes crepitaciones producidas por un gran número de pequeñas chispas que hacen experimentar al gato algunos estremecimientos. Si el animal es á propósito, á las ocho ó diez veces se puede descargar la máquina eléctrica animada, acercando la mano al rostro ó á cualquiera otra parte del cuerpo de la persona aislada en la silla, y ejecutar una porción de experimentos de electricidad estática.

Este experimento da siempre buen resultado tomando las siguientes precauciones: 1.ª, operar en tiempo frío y seco y con preferencia al lado del fuego; 2.ª, la persona que acaricia al gato debe calentarse ligeramente las manos; 3.ª, evitar que la mano se apoye con demasiada fuerza en los pelos del gato, pues en este caso la descarga se opera á medida que se tiende á aumentar la cantidad de electricidad en el cuerpo de la persona que hace las veces de conductor; 4.ª, evitar todo contacto por las ropas con dicho conductor.

Ya se comprenderá que sería peligroso descargar la máquina eléctrica aproximando la mano á los ojos de la persona electrizada: en las demás partes del cuerpo, el paciente no siente más que la sensación de una ligera picada.

(De *La Nature*)



# TODA UNA JUVENTUD

POR

## FRANCISCO COPÉE

**Ilustraciones de Emilio Bayard - Grabado de Huyot**

(CONTINUACIÓN)

Después de atravesar la librería, en donde millones de volúmenes con broches y encuadernaciones grises y amarillas estaban como en prensa en estantes, de donde los tomaban para hacer paquetes algunos mozos con blusas de lienzo crudo, se entraba en el almacén de orfebrería, en el que sobre hermosas vitrinas resplandecía el lujo insinuante y atractivo de las iglesias: tabernáculos dorados, donde el Cordero Pascual reposa sobre un triángulo radiante, incensarios de cuatro cadenas, estolas y casullas cuajadas de bordados, enormes candelabros, patenas y cálices incrustados de esmaltes y de pedrerías falsas. Viendo tantos esplendores el niño, que había leído las *Mil y una noches*, creía penetrar en la caverna de Aladino ó en el antro de Aboul Cassem. Desde este deslumbramiento, pasábase sin transición al sombrío depósito de hábitos eclesiásticos. Aquí todo era negro, no se veían más que sotanas apiladas y pirámides de grandes sombreros. Dos solos maniquíes, el uno revestido de la púrpura cardenalicia y el otro del manto morado episcopal, daban un poco de color al tenebroso almacén.

Pero sobre todo, lo que dejaba más estupefacto á Amadeo, era la gran sala de estatuitas pintadas. Allí estaban los ídolos de los devotos de las capillas pequeñas, puestos al azar sobre tablas en rara promiscuidad. Nada de jerarquías: un Evangelista tenía por vecino á un santito jesuíta de beatitud de anteayer; el bienaventurado Fourier hallábase al lado de la Virgen Madre, y el Salvador de los hombres se codeaba con San Labro. Todos estaban formados en hilera, como reclutas á la voz de mando: unos esculpidos en madera, otros pintarrajeados de colores chillones ó cubiertos de dorados cobrizos, con barba levantada, la boca abierta, los ojos extáticos, relucientes de barniz y horriblemente feos: el obispo mitrado, el mártir llevando su palma, Santa Inés abrazada á su cordero, San Roque con su perro y sus conchas, el Precursor con calzones de piel de carnero, y el más ridículo lo era quizá el pobre Vicente de Paúl, teniendo en brazos á tres niños desnudos, como se ven en las muestras de las comadronas.

Esta lamentable exhibición, que participaba del museo Tussand y de juego de perejila, consternaba positivamente á Amadeo que, habiendo hecho recientemente su primera comunión, ardía aún en fuego místico. Pero tanta fealdad ofendía su delicado estado de ánimo y sembraba en su inocente comprensión la primera duda..

Un día, á las cinco, M. Violette y su hijo, al llegar al *Barato de las parroquias*, encontraron al tío Isidoro en el almacén de estatuas pintadas, vigilando el embalaje de un San Miguel. En aquel momento acababa de retirarse el último cliente, que era el obispo *in partibus* de Trebisonda, bendiciendo á M. Gaufre, el hombrecillo apoplético, con peluca negra de repartidor de agua bendita, que al quedarse solo con sus empleados, gritó, dirigiéndose á un joven que se ocupaba en acostar al arcángel sobre los tableros: «¡Ten cuidado, animal, que vas á romper la cola del dragón!»

Luego, reparando en M. Violette y Amadeo, que acababan de entrar, repuso:

–¡Ah! ¡Son ustedes! ¡Buenas tardes! ¡Buenas tardes, Amadeo!... Llegan ustedes poco á propósito. Es la hora de los envíos; estoy en el instante más crítico... ¡Eh, Sr. Combier, oiga usted, oiga usted, si gusta! No se olvide de las tres docenas de *La Aparición de la Saleta* en estuco para Grenoble, con un 25 por 100 de porte, además de la factura... Y Amadeo, ¿sigue estudiando mucho?... ¡Ah! Dice usted que ha obtenido uno de los primeros premios, y que asistirá al banquete Carlomagno. ¡Vaya! Tanto mejor... Julio, ¿se han enviado los seis candeleros y el cenicero de ruedas al Camino de la Cruz, núm. 2, para las señoras del Sagrado Corazón de Alenzón?... ¡Cómo! ¿Todavía no, y hace tres días que se recibió el encargo?... ¡Despáchese usted, con mil diablos!... Ya lo ve usted, M. Violette, me desbordo... Pero pasen ustedes á mi cuarto.

Y después de haber recomendado á su cajero, cautivo en su caja, la remisión al tribunal de Comercio de los billetes que el cura de Sourdebal (Mancha)

ha dejado protestar, el tío Isidoro introduce á Mr. Violette y á su hijo en su gabinete.

Había sido éste una pieza de tocador, y M. Gaufre, que vivía austeramente, tuvo á bien entristecerla con un cofre fuerte, algunos encerados y un mueble forrado de crin negro que parecía haber sido sacado de una sacristía, todo lo cual destacaba en aquella linda estancia, alta y redonda, con una gran ventana que daba al jardín, pintados los techos de nubes sonrosadas y ligeras y el friso adornado de guirnaldas y lagos de amor que todavía conservaban el encanto galante de otro tiempo. A Amadeo le hubiera gustado todo aquello, si el tío Isidoro, sentado á su mesa de despacho, no hubiese hecho á M. Violette la siguiente pregunta enfadosa:

– A propósito, ¿ha obtenido usted el ascenso con que contaba desde el año pasado?

– Desgraciadamente no, M. Gaufre... Ya conoce usted la lentitud de los procedimientos administrativos.

– Sí, verdaderamente son muy lentos; pero usted tampoco se volverá loco por trabajar... Mientras que en el comercio, ¡cuántos cuidados! ¡cuántos fracasos! Algunas veces envidio á usted que puede emplear una hora en cortar las plumas... ¡Vaya! ¿Qué me querrán todavía?

En efecto, la cabeza de un dependiente con el lápiz detrás de la oreja aparece en la puerta entornada, diciendo:

«El señor superior de las Misiones extranjeras desea ver á usted.»

– Lo ve usted, – exclama M. Gaufre, – no tengo un minuto mío... Hasta la vista, mi querido Violette... Adiós, pequeño... ¡Es maravilloso cómo se parece á la pobre Lucía!... Espero á usted el domingo á almorzar... Berenice confecciona perfectamente el tímbol de queso; cosa exquisita!... Haced que pase el señor Superior.

Y M. Violette se va descontento de su inútil visita, é irritado contra el tío Isidoro, que ha estado cortés á medias: «Ese hombre es un completo egoísta, – piensa con tristeza; – esa mujer le tiene entre sus garras... Mi pobre Amadeo no obtendrá nada.»

Amadeo no se ocupa de la herencia de su tío. Ahora es un alumno de cuarta, que sigue el curso del liceo Enrique IV, en unión de sus compañeros del colegio Batifol. Por haber crecido de repente, tiene la contrariedad de llevar pantalones demasiado cortos. Ya ha renunciado á sus diversiones muy infantiles, las polichinelas que ilustran las páginas de su gramática de Burnouf datan del año anterior, y ha renunciado á educar gusanos de seda en un pupitre. Todo presagia que no será un hombre práctico. La geometría le disgusta y no retiene ni un solo cálculo. Los días de asueto los emplea en pasear solo por las calles más tranquilas; lee los poetas á la luz de los escaparates de las tiendas, y se retrasa en el Luxemburgo, siguiendo la dirección del sol poniente.

¡Serás un soñador sentimental, pobre Amadeo: tanto peor para ti!

En casa de los Gerard, donde va con frecuencia, es recibido con efusión. Luisa tiene diecisiete años. Delgada, sin frescura, el talle escurrido, decididamente no será bonita. Se empieza á decir de ella: «Tiene buenos ojos, y es excelente música.» Nada más. Su hermana María cuenta ya doce años y es un capullo.

Respecto á la niña del vecino, Rosinita Combarieu, ha desaparecido. Un día el tipógrafo se mudó de casa precipitadamente, sin despedirse de nadie y llevándose á su hija. Según cuenta la portera, hallábase comprometido en un complot político, y por eso ha dejado la casa casi subrepticiamente. Se cree que está escondido en la Villette.

Por eso el papá Gerard no extraña que no le haya dicho adiós. Y el obrero conspirador ha conservado todo su prestigio en la consideración del viejo artista, que por un sino especial trabaja siempre para un editor de estampas bonapartista, y en este momento ejecuta un retrato del Príncipe Imperial en uniforme de cabo de granaderos de la guardia, con una inmensa gorra de pelo sobre su infantil cabeza.

Envejece el papá Gerard. Su barbilla antes gris y los pocos cabellos que le quedan se han vuelto de un blanco plateado admirable, que es como la tardía recompensa de los rostros colorados y que sienta bien á las fisonomías sanguíneas. Envejece el pobre hombre lo mismo que su mujer, cuyo abdomen se desarrolla de una manera inquietante, y que al sentarse, después de haber subido los cinco pisos, exclama sofocado: ¡Uf! El papá Gerard envejece como todo lo que le rodea, como la casa de enfrente, que ha visto construir y que ya no tiene su portada nueva, por lo que el especiero que perfuma la calle todas las mañanas al moler el café, ha hecho pintar de nuevo su tienda para contrarrestar el deterioro del edificio. Envejece como su mobiliario del Imperio, como sus piezas de loza que ha tenido que componer, como sus grabados que han tomado el color del tabaco, así como la doradura de sus cuadros ha enrojecido. Sobre todo, el piano Erard, pobre viejo servidor, no produce ya más que sonidos cascajosos y temblantes de inarmonía cuando Luisa, á fuer de cumplida *virtuosa*, toca en él la tanda de valses de Beethoven ó los *Romances sin palabras* de Mendelssohn.

Envejece el pobre artista y se inquieta por el porvenir, porque no ha sabido prosperar como su compañero de escuela, ese intrigante Damourette, que le escamoteó en otro tiempo el premio de Roma y que ahora se da tono en el Instituto con su frac bordado y acapara todos los buenos encargos. Gerard, el tonto, desde muy joven se cargó de familia, y aunque se ha movido tanto como un manubrio, no ha conseguido nada por derecho. Cualquier día puede sucumbir á un ataque apoplético y dejar sin recursos á su viuda y á sus dos hijas sin dote.

Algunas veces piensa en todo esto al limpiar su pipa, y ¡caramba! con no poca zozobra.

Si el papá Gerard se entristecía al envejecer, M. Violette se hallaba en un estado lamentable. Y sin embargo, ¿qué edad podría tener? Unos cuarenta años á lo más. Pero ¡qué decadencia! ¿Será que los años de disgustos se cuentan dobles? El viudo ya no es más que una ruina humana. El mechón de cabellos rebeldes, de un gris sucio, cae siempre sobre su ojo derecho, y ya no se toma el trabajo de colocárselo sobre la oreja. Sus manos tiemblan un poco y la memoria le abandona. Más taciturno y silencioso que nunca, parece no interesarse por nada, ni aun por los estudios de su hijo.



Vuelve tarde á su casa, masculla la comida y vuelve á salir en seguida para vagar con vacilante paso por las calles sombrías. En la oficina, en donde, sin embargo, cumple con su cometido mecánicamente, es un hombre clasificado: no será jamás nombrado primer oficial. «Está embrutecido», dice refiriéndose á él su compañero de negociado, joven lleno de porvenir, protegido por el jefe, que tiene gracejo y una habilidad sin igual para imitar el ¡oh! ¡oh! del actor Grassot. Un hombre de su edad no declina tan pronto; esto no es natural. ¿Cuál es la causa que ha reducido á M. Violette á este grado de anonadamiento y de miseria?

¡Ay! Preciso es confesarlo. Le ha faltado valor al desgraciado: ha buscado consuelo en su misma desesperación y le ha encontrado en un vicio.

Todas las tardes, al salir de la oficina, M. Violette entra en un cafetucho de la calle del Four, se sienta en una mesa retirada, y en voz baja, como avergonzado, pide su primera copa de ajenjo. Su primera, porque suele beber dos ó tres, y las bebe despacio, á pequeños sorbos, sintiéndose invadido con lentitud por la embriaguez cerebral del poderoso licor verde. ¡Que los dichosos le motejen, si les parece! El está allí, apoyados los codos en el mármol de la mesa, mirando sin verla á la señora del mostrador entre las pirámides de terrones de azúcar y de bols para ponche; la lustrosa y empolvada cabeza de la regente del café se refleja en el espejo del fondo. En esto el desdichado inconsolable encuentra alivio á su desgracia y como una vaga compensación de sus pasadas felicidades.

Porque, por un fenómeno que conocen bien los bebedores de ajenjo, él dirige y gobierna su embriaguez y ésta le proporciona los sueños que desea.

– ¡Mozo, un ajenjo!

M. Violette vuelve á ser el marido de veinticinco años que adora á su Lucía y que es adorado de ella.

Está sentado en invierno al lado de la lumbre que se va apagando, y delante de él, á la claridad del crepúsculo vespertino, ve á su joven esposa recostada en el sofá y ocupada en alguna labor.

A cada instante se miran ambos con ojos sonrientes; él por debajo del libro que lee, ella por encima de su costura; y el enamorado no se cansa de admirar los ágiles y delicados dedos de Lucía. ¡Ah! ¡Es tan linda! De repente él cae á sus pies, hincándose de rodillas sobre la alfombra, la rodea el talle con el brazo y la da un prolongado beso; después rendido de emoción reclina la frente sobre las rodillas de su bien amada esposa, y la oye con delicia decir á media voz: «¿Qué le pasa á usted, caballero?» Y al mismo tiempo siente que una mano suave le acaricia la cabeza.

– ¡Mozo, otra copa de ajenjo!

Se hallan ambos en la hermosa pradera, cerca del bosque de Verriéres, henchida de flores, en una espléndida tarde de junio, cuando el sol poniente ya no da tanto calor. Ella ha hecho un magnífico ramillete de flores campestres, y se detiene á cada instante para coger alguna. El la sigue llevando la manteleta y la sombrilla. ¡Qué hermoso es el verano y qué bueno el amor! Se sienten algo cansados, porque durante aquel luminoso domingo han vagado por el campo. Es hora de comer y justamente se hallan cerca de una fonda rodeada de tilos, con columpios y juego de Siam, en el que la blancura de los manteles alegra á los bosquecillos. Se sientan á una mesa y piden la comida á un mozo bigotudo, y mientras esperan el servicio, Lucía, sonrosada á causa de la jornada al aire libre y taciturna por el hambre, se entretiene en mirar en el asiento de las sillas las batallas de Africa. ¡Qué comida tan deliciosa! Hay tortilla de setas, setas con riñones salteados, setas con vino de madera. ¡Tanto mejor! A ellos les gustan mucho. ¡Y el vino sabrosillo! La amada niña, al fin de la comida está algo *gris*. ¡Palabra de honor! Así es que coge un hueso de cereza entre el pulgar y el índice, aprieta y le hace saltar ¡pum! precisamente á la nariz de su marido. Y se ríe la picaruela. ¡Pero, aguarda! ¡aguarda!, que él va á vengarse: se levanta, se inclina por encima de la mesa, la mete dos dedos de la mano entre el cuello del vestido, y la maliciosa, encogiéndose cuanto puede, porque tiene miedo á las cosquillas, le suplica que la deje, riendo nerviosamente.

Pero aun falta lo mejor: la vuelta á campo travieso, de noche, aspirando el olor agradable del heno segado, y luego por el camino, vagamente plateado por cielo estival, en donde centellea todo el zodíaco de Santiago, rueda su espuma diamantina como un torrente silencioso. Dichosa y cansada se apoya en el brazo de su marido. ¡Cuánto la ama éste, Dios mío, cuánto la ama! Le parece que tal amor por su Lucía es tan inmenso y profundo como la noche. El camino está solitario. ¡Un beso! Y sus besos son tan dulces, tan puros, tan sinceros, que deben regocijar á las estrellas.

– ¡Mozo, otra copa de ajenjo!

Y el desgraciado olvida aún durante algunos minutos que tendrá que volver á su casa, en donde ya no está su querida Lucía; su casa, en la que la asistenta habrá puesto el cubierto sobre el tapiz encerado y en donde su hijo le aguarda bostezando de hambre y leyendo un libro colocado al lado del plato. Pretende olvidar este horrible momento de regreso á su triste hogar; tratará de disimular su estado de embriaguez bajo pretexto de mal humor, y se sentará á la mesa sin dar un beso á Amadeo para que el niño no sienta el repugnante olor alcohólico de su aliento.

*(Continuará.)*

## EL ÚNICO GUÍA

La tarde estaba sombría y amenazadora. La nieve había cesado de caer; pero el cielo, de color plomizo, apenas dejaba transparentar de tiempo en tiempo un rayo de sol tan frío como las brumas que rodeaban la tierra.

La entrada del bosque se presentaba á los ojos del viajero, no como un asilo, sino como un lazo de que era preciso huir. Y sin embargo, un hombre, joven todavía, pero en cuyo semblante pálido y triste había dejado impresas sus huellas el sufrimiento, no titubeó un punto y se internó en él, cual si una fuerza irresistible le arrastrara.

Altos árboles de rugosas cortezas y de desnudas ramas, nudosos troncos erizados de espinos cerraban á cada paso las impracticables veredas que, alfombradas de agudos guijarros, serpenteaban como casi invisibles arroyuelos en aquella accidentada y terrosa superficie.

El hombre avanzaba siempre. Una preocupación visible anublaba su frente y parecía absorber todos sus pensamientos. La prueba de ello es, que á pesar de que á cada paso los árboles se juntaban más y más y de que la senda se hacía á cada punto más difícil, tardó largo espacio en convencerse de la inutilidad de sus esfuerzos.

Hubo un punto en que quiso salir del laberinto en que se había metido; pero la desesperación no tardó en apoderarse de él y se dejó caer casi exámine en el suelo.

El frío helaba sus miembros, la fatiga de un largo camino agotaba sus fuerzas y el hambre y la sed le torturaban.

El dolor le hizo prorrumpir en un lamento que los lejanos ecos repitieron durante breve espacio.

Cuando el desgraciado alzó los ojos vió delante de sí á tres hombres, cuya presencia allí no podía explicarse, pero que los tres le miraban atentamente.

Uno de ellos vestía una larga túnica de brocado que sujetaba á su cintura una hebilla de diamante. De su costado pendía una espada.

El segundo llevaba túnica negra y cinturón rojo.

El tercero cubría su cuerpo con una sencilla vestidura azul, y tenía en la mano un nudoso tronco que le servía de apoyo.

– ¿Qué haces aquí?, le preguntaron á coro los tres recién llegados.

– Morir, respondió el joven. Apiadaos de mí.

– ¿Qué es lo que quieres?, volvieron á preguntar los dos primeros.

– Salir lo más pronto posible de este bosque maldito.

– Para lograrlo sólo necesitas un guía. Escoge de los tres el que ha de acompañarte. Tuya es la elección.

El joven miró alternativamente á los tres hombres que esperaban en silencio el resultado del examen y el de la túnica de brocado fijó su atención. Los diamantes brillando con fosforescentes fulgores le deslumbraban.

– Tú eres el escogido, le dijo.

Una extraña sonrisa se dibujó en los pálidos y delgados labios del desconocido, que tendió la mano al joven mientras sus dos compañeros desaparecían como desaparece una visión.

El joven, sobrecogido por el terror, tomó la mano que le tendía y ambos partieron.

Su carrera era vertiginosa. Los árboles huían á su espalda y el ruido de sus pasos resonaba sin interrupción. Y sin embargo, había pasado una hora y el bosque seguía extendiéndose ante la mirada del viajero.

– ¡No puedo más!, murmuró el joven deteniéndose.

– El camino es largo todavía y nuestras piernas son sobrado débiles para conducirnos al fin. Pero no temas. Dentro de poco pasará por aquí un jinete. Toma esta espada, sepúltasela en el corazón y apodérate del caballo.

– ¿Qué es lo que me aconsejas?

– Soy el Crimen, respondió el desconocido.

– ¡Vete! ¡Vete!, dijo el joven con horror, y falto de fuerzas cayó al suelo.

Una carcajada infernal fué todo lo que oyó.

Cuando volvió en sí, los otros dos extraños personajes que antes encontrara estaban delante de él.

– ¿Que haces aquí?, le preguntaron.

– Morir, respondió. Tened piedad de mí.

– ¿Qué es lo que quieres?

– Salir cuanto antes de este bosque maldito.

– Escoge de entre nosotros el que te ha de servir de guía. La elección es tuya.

El joven se fijó en el que llevaba la túnica negra y el cinturón rojo.

– Tú eres el escogido, dijo.

Sin decir palabra el desconocido le tendió la mano mientras su compañero desaparecía como desaparece una visión.

El joven, sobrecogido por el terror, asió la mano que se le tendía y ambos partieron.

Al cabo de una hora de camino llegaron al borde de un precipicio del que se escapaban gritos y sollozos.

– ¡No puedo más!, murmuró el joven deteniéndose.

– El camino es largo todavía y nuestras piernas son demasiado débiles para que lleguemos al fin. Te he traído aquí para ofrecerte el solo medio de salir de este bosque. En el fondo de ese abismo está la muerte, que libra de todas las penas.

– ¿Qué es lo que me aconsejas?

– ¡Soy la Desesperación!, respondió el desconocido.

– ¡Vete! ¡Vete!, dijo el joven con espanto, y falto de fuerzas cayó al suelo.

Una carcajada infernal fué todo lo que oyó.

Cuando volvió en sí, el tercer personaje estaba delante de él.

Acordándose de los nombres de los otros dos, trató de huir, pero el desconocido le detuvo.

– Ven conmigo, le dijo, el camino es largo todavía; pero Dios vive siempre en ayuda de los que sufren.

El joven le miró á su vez y le tendió la mano.

Pero el desconocido se contentó con marchar delante de él, separando con el palo que le servía de apoyo las matas que se oponían á su paso.

– Carga sobre tus espaldas uno de estos troncos.

El joven obedeció, y aunque su fatiga era muy grande, apenas sentía el peso de la carga.

Valiéndose siempre de su palo, el desconocido llegó por fin, seguido del joven, al término del bosque. Delante de ellos se extendía una vasta llanura en la que se levantaba un castillo.

Entonces el desconocido dijo al joven.

– El bosque que has atravesado es el bosque de la Miseria. No lo olvides nunca y suelta ahora tu carga.

El joven arrojó al suelo el tronco con que había cargado y que al caer se trocó en alta pila de monedas de oro.

– ¿Quién eres tú que tan bien me has aconsejado?, preguntó en el colmo del asombro.

– ¡Soy el Trabajo!, respondió sencillamente el extraño personaje.

Por la traducción
ANGEL R. CHAVES

## NUESTROS GRABADOS

**Luchadores, estatua en yeso de F. Charpentier.** – El Consejo superior de Bellas Artes de Francia decidió este año dar el premio del Salón ó Exposición de París á un escultor, y lo ha otorgado á Felix Charpentier, autor del magnífico grupo en yeso *Los Luchadores*, cuya reproducción figura en nuestra primera página, y de la estatua en mármol *La Canción*. Todos los amigos del arte han aprobado esta elección.

Los críticos más autorizados reconocían ya, de unánime acuerdo, las recomendables cualidades que distinguían á la obra de M. Charpentier, y en *Los Luchadores* habían observado, á la vez que una sorprendente seguridad de ejecución, un vigor y una suavidad de modelado poco comunes.

M. Charpentier, nacido en 1858 en un pueblo del departamento de Vancluse, tiene treinta y dos años, justamente la edad requerida para que se le pueda conceder el premio del Salón, como dicen nuestros vecinos. Empezó por hacer figuritas en un tejar donde su padre, humilde molinero, le había puesto á aprender el oficio, y pocos años después ha llegado, á fuerza de perseverancia y de estudio, á la meta por muchos artistas suspirada.

Si M. Charpentier no se duerme sobre sus precoces laureles, tiene asegurado un brillante porvenir.

***

**Santa Isabel, reina de Hungría, y el milagro de las rosas, cuadro de L. Max Ehrler.** – Es tan conocida la vida de la piadosa reina de Hungría, está tan vulgarizado el milagro de la conversión en flores del pan que, á escondidas de su esposo, llevaba á los pobres, que no nos detendremos á describir una y otro, fuera de que en uno de los anteriores números de este periódico les dedicamos ya algunos párrafos.

Por lo que respecta al cuadro de Ehrler, en cuanto obra artística, es una variante del mismo asunto en que se han inspirado ya muchos pintores; pero en la competencia no queda el artista alemán en desventajoso lugar, tanto por lo que se refiere á la composición en sí, que reviste cierta originalidad, cuanto por lo que hace á la ejecución. En efecto, Ehrler no ha querido representar en su obra un retrato más ó menos ideal de la misma santa, sino que la ha figurado de talla, puesta en una hornacina y acompañada de dos angelitos, mientras otro mayor parece prestar culto á la elegida del Altísimo. La figura y el rostro de Isabel están impregnados de piadoso misticismo y la mirada abstraída de cuanto la rodea, fija en alguna visión beatífica, y tal vez expresando su gratitud al Señor por el milagro en su obsequio efectuado. El dibujo es bastante correcto, la entonación armoniza y el conjunto y los detalles demuestran que Ehrler es artista nada vulgar.




AMORCILLO CASTIGADO, cuadro de Luisa Max Ehrler

***

**Amorcillo castigado, cuadro de Luisa Max Ehrler.** – De este Cupido puede decirse que fué por lana y salió trasquilado; respecto al carcaj de ponzoñosas flechas, salió un día, como de costumbre, en busca de corazones en donde clavar sus afilados y certeros proyectiles, y á este quiero á este no quiero entretúvose en despertar dulces afectos en almas dormidas, y en trocar por inquietudes y desasosiegos la dulce calma de que antes muchos gozaran. Pero bien cara ha pagado su diversión predilecta; donde menos se piensa salta la liebre, dice el refrán, y al divino cazador le ha saltado, no una liebre, pero sí un desalmado que, irritado por sus pesadas tretas, y quizás sintiendo aún el dolor de mal cicatrizadas heridas, desahoga su cólera descargando una mano de azotes sobre sus rosadas posaderas.

Este pensamiento ha inspirado á la distinguida pintora alemana el bonito cuadro que reproducimos, y que, si otra cosa no tuviera, resultaría siempre simpático cuando menos por lo expresiva que en él resulta la figura del amorcillo castigado.

***

## ADVERTENCIAS

Siendo en gran número los trabajos literarios que recibimos para La Ilustración Artística y en la imposibilidad de contestar á todos los que con ellos nos favorecen, debemos advertir que sólo contestaremos á los autores de los artículos que aceptemos para insertarlos en este periódico.

No se devuelven los originales.

***

Suplicamos á nuestros corresponsales y suscriptores, especialmente á los de América, nos remitan cuantas fotografías de monumentos, obras artísticas, etc., consideren propias para ser publicadas en la Ilustración Artística, acompañándolas de los datos explicativos necesarios. En caso de ser admitidas, tendremos el gusto de consignar, al confirmarlas en las columnas de nuestra publicación, el nombre de la persona que nos haya honrado con el envió de las mismas.

Asimismo agradeceremos la remisión de todas las noticias que tengan verdadero interés artístico ó literario.





Imp. de Montaner y Simón